

LA MANO NEGRA

Personajes

MOZO 1

MOZO 2

EL COJO

SOLE

LA VIEJA

TOBALO

EL CHISPA

PABLO

EL LEÓN

ANTÓN

EL LEBRIJA

EL APERADOR

MICAELA

GUARDIA 1

GUARDIA 2

EL SARGENTO

GUARDIAS CIVILES

GAÑÁN 1

GAÑÁN 2

GAÑÁN 3

GAÑÁN 4

La acción, en un cortijo de Andalucía, por los años de 1911.

ACTO PRIMERO

Gañanía del cortijo de Venegas, por tierras de serranía, entre las provincias de Córdoba y Jaén. Es un camaranchón destartalado, anejo a las cuadras contiguas. Techo abovedado y sombrío de humos y humedades. En un rincón un gran hogar donde se guisa la comida de los gañanes arranchados. Una mesa larga ocupa una de las paredes laterales. Al lado del hogar se inicia una escalera que conduce al sobrado, donde duermen los mozos. Hay colgados en las paredes arreos de mulas, ristras de ajos, guindillas, etc. Unos velones de lucerna difunden una luz parpadeante. Por una ventana enrejada se descubre la melancolía de la sierra al atardecer. Puerta que da a las cuadras. Otra que da al corral.

(La acción se inicia un atardecer frío de marzo. En el rincón del hogar se adivina el bulto de una mujer que atiende el guiso que se cuece en la gran marmita. A su lado, sentada en el poyo junto al fuego, una VIEJA con el rosario en la mano cruza con la otra palabras mezcladas al rezo. Sentados en banquetas, junto a la mesa, dos jóvenes gañanes de unos diecisiete años aprenden a leer sobre una cartilla mugrienta. El MAESTRO es un viejo cojo, corpulento y sombrío. Al fijarse en él se percibe que, más que viejo, está aviejado. Los dos MOZOS aparecen cansados. Uno de ellos apoya su cabeza sobre la mano y el codo sobre la mesa, y se le cierran los ojos ante la lectura. El MAESTRO tiene la cartilla colocada verticalmente ante ellos y les va señalando las sílabas.)

MOZO 1.– (*Luego de titubear un momento.*) Pa... ta...

MOZO 2.– Ca... ma...

MOZO 1.– Que... na...

EL COJO.– ¿Cómo? (*El chico le mira embobado.*) ¿Qué letra es ésta?

MOZO 2.– ... La que...

EL COJO.– ¿La qué? (*Al otro.*) Tu...

MOZO 2.– Ce... (*Pronuncia a la andaluza.*)

EL COJO.– (*Remarcando el sonido.*) Ce, ce... Ze... ¿Y la c con la e? (*Al MOZO 2, que va a decirlo.*) No, tú no... Este que está dormío hoy...

MOZO 1.– (*Que se cae de sueño.*) ¿La c con la e...?, (*Lo ha dicho con cierta cantinela escolar.*) que...

EL COJO.– (*Dándole un coscorrón suave.*) Espabila, chaval... La c con la e...

MOZO 2.– Ce...

EL COJO.– (*Al MOZO 2.*) A ver si te callas tú... Le estoy preguntando a éste... (*Al MOZO 1.*) Ce... ¡Vamos, lee...!

MOZO 1.– (*Con voz cansada.*) Ce... na...

EL COJO.– Cena... (*Señalando al otro mozo otras sílabas.*)

MOZO 2.– Ci... to...

EL COJO.– Fíjate bien, hombre...

MOZO 2.– Ci... to...

EL COJO.– ¿Cito?... (*Al MOZO 1.*) A ver, tú...

MOZO 1.– Qui... to...

EL COJO.– ¡Anda, salero!... Cómo vienes hoy... ¿Te ha picao un bicho? (*Al MOZO 2.*) Vamos, tú, ¿qué letras son éstas...?

MOZO 2.– C... ne... te...

EL COJO.– La c con la i y con la n, ¿qué hacen?

MOZO 2.– (*Mirándole embobado.*) La c con la i...

EL COJO.– Pero no me mires a mí, que no lo tengo en la jeta... (*Señalando la cartilla nervioso.*) Aquí, aquí es «aonde» ties que mirar, gorrión, que paeces un gorrión arrecio... (*Le aprieta las narices. El otro se ríe infantil.*) ¡Vamos..., valiente...!

MOZO 1.– (*Como iluminado de pronto.*) ¡Cin...!

EL COJO.– Ya está. (*Volviéndose a las mujeres.*) Cuando tien que contestar, no contestan, y cuando le toca al otro... ¡Vaya un par de catetos que ma costao desaznar...! (*Al MOZO 2.*) ¿Lo estás viendo, gorrión? La c con la i y con la n hacen cin, cin, cin... Que se te clave en la chola, cin. (*Le da un*

ligero coscorrón.) Es que no se cuál «seis» más burro de los dos... Venga, lee...

MOZO 2.— Cin... to...

EL COJO.— *(Dando un suspiro.)* ¡Ya salió por fin la madre el cordero! Cinto. Que trabajito «mos» cuesta. Cinto. ¿Es que no sabéis ustedes lo que es el cinto? Pos «sus» lo voy a enseñar... *(Se desata el cinturón y se lo enseña a los otros, que se ríen, aunque se apartan con cierto temor, pues el otro lo ha doblado y lo esgrime con una sonrisa torva.)* Esto es el cinto... No sus apartéis, venir aquí..., que sus quiero mucho... Que no sus pego... *(Los otros vuelven.)* Pero mira: vamos a dejar qui el cinto *(Lo pronuncia muy bien.)* pa si hace falta. Venga. Al que se me equivoque: cintazo y tentetieso... *(Los chicos se ríen, pero se acomodan bien en la banqueta y meten las narices en la cartilla.)*

EL COJO.— *(Al MOZO 1.)* Vamos tú... *(Señala una sílaba.)*

(El MOZO deletrea la sílaba. El otro sigue el mismo juego y ahora parece que las cosas van saliendo mejor. Hablan las VIEJAS, y sus palabras son subrayadas por la cantinela del MAESTRO y los discípulos.)

LA SOLE.— *(Que es la mujer que atiende el guiso.)* Qué pacencia se nesecita... ¡Pobre hombre...! *(Señala al maestro.)*

LA VIEJA.— Madre de los Dolores... Con lo grandullones que son... Pa lo que va a aprovecharles. Se van a pasar la vía «estripando» terrones.

LA SOLE.— Es lo que yo digo. Ahora les da por aprender de letra. Pa lo que les va a servir... *(Husmeando el guiso.)* Pos la comía ya está hecha... Ahora a ver si vienen pronto.

LA VIEJA.— *(Mirando hacia la ventana.)* Ya se notan los días. Entoavía hay luz en la Sierra...

(Al oír estas palabras, uno de los muchachos se ha vuelto a mirar con nostalgia a la ventana. El MAESTRO le vuelve la cabeza hacia él como si fuera un tornillo.)

EL COJO.— ¿Es que te interesa más lo que pasa por ahí? Venga... *(Señala con una mano el silabario y con la otra coge el cinturón doblado.)*

MOZO 1.– (*Mirando alternativamente al silabario y a la correa.*) Ta... (*Al ver la cara del MAESTRO frunce el ceño como si hiciera un esfuerzo para pensar.*) Ta... (*El otro MOZO sonríe como dando a entender que lo sabe.*)

EL COJO.– (*Al otro.*) Tú...

MOZO 2.– Tal... (*Corrigiendo en seguida.*) Tas...

MOZO 1.– (*Como iluminado.*) Tan...

EL COJO.– (*Que había levantado el cinturón aunque sin intención de golpear, sino solamente para amedrantarles.*) Tan, tan... la t con la a y con la n... Tan... Estáis dormíos hoy... Que «sus» voy a tener que despertar, que entoavía no me conocéis... (*Dulcificándose y en tono amical.*) ¿Habéis «currelao» mucho hoy, u qué?

MOZO 1.– Regular...

LA SOLE.– (*Interviniendo desde su rincón.*) Notarán el hormiguillo de la primavera...

MOZO 2.– Yo tengo sueño. Y hambre...

LA SOLE.– Pos me paece que va pa rato; que ésos no tien traza de venir y entoavía tie que venir el señor pal rosario. La comía ya está prepará...

LA VIEJA.– Yo me espero pal rosario...

EL COJO.– Bueno..., descansaremos un ratillo... Echaremos un cigarrillo... (*Saca el paquete de picadura y se pone a liar un cigarro. Los otros se relajan satisfechos.*)

MOZO 1.– (*Refiriéndose a la lectura.*) Es que tenemos la cabeza mu dura, señor Santos...

EL COJO.– Ya «sus» la ablandaré yo, perder cuidao... (*Al ver que los chicos miran con envidia el cigarrillo.*) ¿Qué? ¿Es que fumáis vosotros ya, u qué? Seguro que ya echáis un cigarrillo por ahí. Pero delante de mí no sus quiero ver fumar...

MOZO 2.– No, señor, no fumamos...

EL COJO.– Ya..., valiente par de gorriones estáis hechos. Si, ya, ya, ya me he enterao de muchas cosas... (*Les guiña un ojo.*)

MOZO 2.– ¿De qué «sa enterao» usted?

EL COJO.– De na... Que el domingo «andasteis» por el pueblo mu acicalaos y a la vera del Molino...

MOZO 1.– (*Se ríe y se pone colorado.*) ¿Quién se lo ha dicho?

EL COJO.– Un pajarito...

LA SOLE.– (*Riendo.*) To se sabe. Pa eso han puesto el «telégrafo»...

EL COJO.— Vaya par de gorriones... Sí, hombre... Ya veréis, ya..., como «sus» cojan los de la Mano Negra...

(Se ríen los dos chicos. Entra el TOBALO procedente de las cuadras contiguas. Trae una silla de montar al hombro, que deja en un rincón.)

TOBALO.— A las güenas tardes la compañía...

LA SOLE.— Vaya, ya llega uno... Sus retrasáis hoy...

TOBALO.— Por ahí viene ya la tropa con más hambre que un maestro escuela.
(Al COJO.) Y perdona...

EL COJO.— No hay na que perdonar. Además que yo no soy más que un maestro aficionao... Lía un pitillo, Tobalo...

TOBALO.— *(Cogiendo la petaca.)* Gracias... *(A los muchachos.)* Y vosotros, ¿qué?... ¿Ya habéis dao la lición? *(Al COJO.)* Vaya discípulos que tienes, Cojo. Toa la tarde de Dios me han estao dando la tabarra pa que los dejara venirse a dar la lición. *(Imitándoles.)* «Que ya son las seis, señor Tobalo.» Y entoavía no había sonao el cuarto. *(A los chicos.)* ¿Sus habéis venío derecho, o sus habéis entretenío por ahí? *(Al decir esto ha guiñado un ojo al otro.)*

MOZO 1.— Que lo diga el señor Santos...

EL COJO.— Sonás las siete estaban aquí... *(Lo dice de broma.)*

EL TOBALO.— ¿No te digo? Pos antes de las seis los solté yo...

MOZO 2.— *(Riendo.)* Hemos ido a un mandao...

EL COJO.— Los estaba diciendo lo del Molino...

EL TOBALO.— *(Reparando en la correa del maestro, que sigue sobre la mesa.)* Y eso ¿qué es? *(Moviendo la mano significativamente.)* ¿Es que ha habido jarana? *(Dando una palmada al COJO.)* Pos ya era hora, maestro, que se pusiá un poco severo con estos holgazanes. Que ties mucha pacencia. Ahora, que si te pones en ese plan vas a tener pocos discípulos. Mía tú que yo mismo estaba barruntando el que me enseñaras de letra; pero gachó cualquia se arrima a ti con esa zurriaga. *(Ha cogido el cinturón y lo examina.)* Ahora, que si quieres, yo tengo ahí *(Señala la cuadra.)* un vergajo de toro que...

(Los CHICOS se ríen, y el MAESTRO.)

EL COJO.— Oye: ¿y los otros? ¿Es que ya no quieren aprender?

EL TOBALO.— ¿Quién? ¿El Centeno? ¿El Manolo? Dicen que son mu viejos...

EL COJO.— Nunca es tarde pa aprender...

EL TOBALO.— Ya sabes que yo permiso les daba pa que se vinieran con éstos.

Pero tiran pa el azadón. Y ahora que hay un poco trabajo desfrutan más con la viña que con la cartilla. No tien remedio. Yo tampoco. Semos analfabetos y qué lo vamos a hacer...

EL COJO.— Pues me paece que como sigáis así me quedo sin «descípulos».

Ya sólo me quedan éstos de los diez que eran al «prencipio».

TOBALO.— ¿Diez? Nueve eran...

EL COJO.— Diez con la chica la Indiana.

LA SOLE.— Mira tú la chica la Indiana pa que «quedrá» aprender de letra. Más la valiera que aprendiera costura...

LA VIEJA.— (*Asintiendo con la cabeza.*) Las mozas de ahora no saben coger una aguja. Yo... (*Baja la voz y cuchichea con la SOLE.*)

EL COJO.— Y éstos, que me paece que se van a cansar mu pronto...

TOBALO.— (*Que se ha sentado junto al COJO.*) Deja que pase el tiempo, Cojo, y que falte el trabajo y que el mocerío no sepa qué hacer, y ya verás cómo vienen a tu vera... (*Señalando el cinto.*) aunque les zures con eso. Ahora sucede que están encariñaos con el trabajo. Déjales que desfruten con la azá, Cojo; pa cuando falte...

EL COJO.— (*Con cierta melancolía.*) Ellos sabrán lo que hacen... Pero yo, Tobalo, si no tengo «descípulos», no pinto na aquí. Ya lo sabes...

TOBALO.— (*Hablando muy lento.*) «Descípulos» tendrás, porque éstos (*Señala a los chavales.*) seguirán desaznándose, porque lo mando yo... (*Dirigiéndose a ellos.*) ¿No? (*Los muchachos asienten.*) Y «manque no tuviás descípulos», Cojo, aquí tendrás siempre un plato caliente cuando haiga, y cuando no, un «hoyo» de aceite y cobijo, porque también lo mando yo...

EL COJO.— Gracias, Tobalo. Gracias y que Dios te lo pague. Pero falta saber lo que piensa el aperaó...

TOBALO.— Aquí dentro mando yo. Afuera manda ése. El aperaó, que se meta en lo suyo; aquí el chulo, yo. Mismamente como en la prisión. El celador de rastrillo pa ajuera, el matón pa adentro. Y no se hable más. Y ya pues seguir desaznando a estos catetos, que yo ni digo ni pío; sus escucho por si se me pega algo, manque me paece que en este «coco» (*Se da*

un coscorrón en la cabeza.) ya no entra na... (A los CHICOS.) Ea..., que sus vea yo. (Coge el cinturón.) Y a ver si andamos listos...

EL COJO.— *(Quitándole el cinturón.) Trae. (Se lo pone.) Vamo a dejarlo por hoy, que los chavales están cansaos; que ya me han dicho que los haces currelar como burros...*

TOBALO.— *¿Quién? ¿Yo? ¡Güeno!... (Hace ademán de darles un coscorrón, pero cariñosamente.) Demasiao los mimo, que parece que están en su casa... De seguro que su pare no los trata como yo... ¿Miento, muchachos? (Ellos mueven la cabeza sin dar a entender nada.) Ahí viene la tropa...*

(Entra, procedente de la puerta de las cuadras, la tropilla de GAÑANES de distintas edades, aunque todos mayores que los dos muchachos. Visten blusilla, gorra, etc., al estilo de principios de siglo. Rezuman miseria y ganas de vivir. Están curtidos por el sol y el viento. Y tienen los movimientos ágiles y felinos de los labriegos del sur. Vienen cansados, sucios. Pero alegres por el trabajo y deseosos de un rato, por pequeño que sea, de libertad. Al entrar, algunos, con el hatillo al hombro, suben las escaleras que conducen al sobrado donde están las yacijas, sin duda con ánimo de estirarse un poco. Otros van a calentarse en la lumbre. Otros se sientan y otros se unen al grupo del COJO, el TOBALO y los muchachos. La estancia parece animarse, llenarse de fuerza y brío.)

EL CHISPA.— *(Un treintañero, flaco, nervioso, de ojos brillantes, entrega un puñado de papeles al COJO y se sienta a su lado entre él y TOBALO.) Mira, Cojo, mira lo que... que... afa... afané de la Venta (Tartamudea un poco debido a su nerviosismo.) Pape... peles de Madri y ta... tamién de Córdoba... Mi... mira Cojo, mira... Este... (Levantando el periódico.) Ezte es Ma... Machantini...*

TOBALO.— *¿A ver? Mazantini... ¡Mazantini, cateto...!*

EL CHISPA.— *Mazantini... ¡Jozú, qué torero!... Mi... mi... (Cogiendo otra vez los papeles con entusiasmo.) El... ¡El Gue... Guerra...!*

(Otros dos intervienen en el papeleo. Los chicos también miran entusiasmados la fotografía del torero.)

PABLO.— *(Otro GAÑÁN, más reposado que el CHISPA.)* Ése es Mazantini... Sí seño... En la Feria de Córdoba lo vi el año pasado... Mare, qué torerazo...
(Al otro.) Mira tú, Mazantini... *(Se van pasando el papel de mano en mano.)*

LEÓN.— *(Otro gañán joven.)* Lee lo que dice, Cojo... ¡Callarsus!... Lee, Cojo...

TOBALO.— No lo leas, Cojo. Diles que aprendan de letra. ¿Por qué no venís, como éstos, *(Señala los chavales.)* a aprender, ¿eh?

EL CHISPA.— Güeno, ya, ya... vendremos... Lee, Cojo...

(Se acerca un muchacho tímido, renegrado y se dirige al COJO.)

ANTÓN.— Oye, Cojo, ¿te has acordado del mandao aquel...?

EL COJO.— ¿Qué mandao? ¡Ah, sí!... No sufras, hombre. Ya lo tengo...

ANTÓN.— Escíbeme la carta, Cojo...

EL COJO.— ¿Ahora mismo? Aluego, cuando comamos...

LEÓN.— Asíéntate ahora aquí, chava, que mos va a leer la corría...

ANTÓN.— ¿Me la escribirás?

EL COJO.— Sí, hombre...

TOBALO.— *(Haciendo sentar a la fuerza al otro.)* Ahora calla y escucha...
Lee, Cojo...

EL COJO.— *(Que está leyendo el papel por otra parte.)* ¿Qué queréis que «sus» lea? ¿Esto? *(Lee con sorna.)* «Más crímenes atribuidos a la Mano Negra. Según noticias de Córdoba...»

TOBALO.— *(Dando la vuelta al papel con una sonrisa.)* Aquí, Cojo, aquí... Lo del Mazantini...

EL COJO.— ¡Ah...!

EL CHISPA.— Pos... ¿no sabéis uz... uztedes?... Que... que... dicen que en el Cortijo de la Pa... Paloma... que...

TOBALO.— *(Dándole un coscorrón.)* Calla y escucha... Aluego mos explicarás lo del Cortijo de la Pa... Paloma... *(Remedándole.)*

LEÓN.— Lee, Cojo; lee de una puñetera vez, me cagüen...

EL COJO.— ¿Queresis que «sus» lea esto de la Corrida de la Beneficencia? Yo creo que «sus» interesaba más lo de la Mano Negra...

PABLO.— Aluego lo de la Mano Negra...

EL TOBALO.— ¿Te crees tú que el Cojo no tie otra cosa que hacer que leer los papeles a catetos como tú?... Y ahora callarsus y escuchar... (Al COJO.) Y tú, deprisa, que ya mismo está aquí el aperaó pal rosario... Venga...

EL COJO.— (*Leyendo ante la expectación de todos.*) Ayer, con gran brillantez, se celebró la tradicional Corrida de Beneficencia en la nueva Plaza de las Ventas con asistencia de Sus Majestades el Rey Don Alfonso XIII y la Reina Doña Victoria. En los palcos principales, contiguos al palco regio, bellas señoritas ataviadas con peineta y mantilla presidieron el festejo, que resultó muy lucido...

(Va bajando la voz. Los otros escuchan embobados y no se oye más que el cuchicheo de las dos mujeres y otros dos hombres, que enseguida dejarán el rincón del fuego y se acercarán a escuchar aquello. Incluso la SOLE procura atender desde su sitio.)

A las cinco menos cuarto de la tarde dio comienzo el festejo. Una lucida comitiva de calesas ocupadas por la Junta de Damas de la Beneficencia dio la vuelta al ruedo, una vez terminado el paseíllo, entre las grandes aclamaciones del público, que también había vitoreado a Sus Majestades, que correspondieron con su simpar simpatía. A continuación se soltó el primer burel de la ganadería de Pablo Romero, de nombre «Lobato», astifino, escurrido de carnes. El diestro Mazzantini lo recoge con media docena de verónicas soberbias, que son ovacionadas por el público... (*La expectación crece.*) Toma luego el bicho tres varas y media, derribando al picador en la segunda...

PABLO.— (*Interrumpiendo.*) En Córdoba, el año pasao un toro mató tres caballos...

TOBALO.— ¡Güeno, calla!... Sigue...

EL COJO.— ... que son ovacionadas por el público. Toma luego el bicho tres varas y media...

LEÓN.— Pos ya son varas...

EL COJO.— ... derribando a la segunda..., eh... (*Titubea.*) Una vez banderilleado vistosamente, el maestro toma los trastos de matar y se dirige a su enemigo con paso lento y seguro. Antes había brindado la muerte de su enemigo a Sus Majestades Reales...

(En este momento entra por la puerta del corral el APERADOR o capataz: un hombre cincuentaño, serio, cumplidor; en suma, el clásico hombre de confianza de los cortijeros que ya no tiene voluntad y sigue su función sin pensar en ella. Al verle se levantan todos y se interrumpe la lectura.)

LA SOLE.— Güenas tardes le de Dios, señor Mariano...

EL APERADOR.— Güenas tardes tenga la compañía... (*Intenta mostrarse simpático.*)

EL COJO.— Aquí estaba leyendo a los muchachos unas cosillas de toros...

EL TOBALO.— (*Sonriendo.*) La corría de la «Benefecencia» de Madrid, don Mariano...

EL APERADOR.— (*Soltando una especie de gruñido.*) (*Refiriéndose a la fotografía que campea en los papeles que tiene el COJO en la mano.*) ¿Ése es Mazantini?

EL CHISPA.— Ma... Mazantini..., sí señor...

EL APERADOR.— Güeno..., asentarse... (*Volviéndose a las mujeres.*) ¿Habéis rezao el rosario?

LA SOLE.— No señor. Le aguardábamos a usted, como siempre.

EL APERADOR.— Hoy me he retrasao con el señorito. Y lo vais ustés que tené que rezar solos, porque tengo que irme a un mandao. Conque eso es lo que quería deciros: que vayáis rezando el rosario, por si me retraso.

(El COJO ha guardado los papeles con pena y los hombres se van poniendo otra vez en pie. Alguno saca un rosario del bolsillo con tono de rutina.)

EL APERADOR.— Oye, Tobalo... Que no te acuestes sin verme, que tenemos que tratar una cosilla...

EL TOBALO.— Sí, señor. Descuide...

EL APERADOR.— ¿Qué más? Ah, sí, ¿aónde está el Lebrija?

(Todos miran alrededor buscando al LEBRIJA.)

TOBALO.— ¿Aonde está el Lebrija?

LA SOLE.— *(Que estaba atizando el fuego.)* Tenga usted, señor...

(El APERADOR coge los papeles y los hojea.)

EL MOZO 1.— *(Baja las escaleras.)* Aquí viene, don Mariano... *(Aparecen enseguida el LEBRIJANO, hombre treintañero muy apuesto, de gran belleza varonil; tras él viene otro GAÑÁN. Vienen con desgana.)*

EL LEBRIJA.— ¿Me mandaba usted llamar, don Mariano...?

EL APERADOR.— *(Levantando la vista de los papeles.)* ¿Aónde te metes?

EL LEBRIJA.— *(Sonriendo.)* Me había tumbao un ratito...

EL APERADOR.— ¿Tú no rezas el rosario?

EL LEBRIJA.— Sí, señor. Lo que pasa es que... «mos» habíamos tumbao yo y éste mientras usted venía...

EL APERADOR.— *(Con benevolencia.)* Me parece que estás hecho tú un buen perro. Que te gusta el catre demasiado... *(Se ríen todos con risas más bien forzadas.)* Pos mira, hoy tampoco vas a rezar, que el señorito quiere verte...

(Al oír esto se le oscurece el semblante al LEBRIJA.)

EL LEBRIJA.— Sí, señor... Lo que usted mande...

EL APERADOR.— Conque... vente conmigo. Y vosotros rezar el rosario y aluego a dormir pa que mañana estéis ligero... *(A la mujer.)* Sol, tú te encargas de que recen. Ya sabes que el señorito nunca se acuesta sin preguntarme por esta gente. ¡Es mucho hombre don José María!... ¡Ea!... Lo dicho. Y tú, Tobalo, que me veas antes de irte al catre. ¡Con Dios!... *(Al ir a marcharse, el LEBRIJA va tras él como un perro con la cabeza gacha; se vuelve al COJO.)* Oye, Cojo..., aluego te traigo los papeles estos. Mientras ustedes rezáis el rosario y yo aguardo al señorito, quiero echarlos un vistazo... Ya mismo te los devuelvo... Con Dios... *(Sale seguido por el LEBRIJA.)*

(Una vez ha salido, gran contrariedad del CHISPA y los otros taurófilos. La SOLE, inmediatamente, da unas palmas.)

LA SOLE.— Ea... Ya habéis oído... Arrimarse a la candela... *(A la VIEJA.)* Usté, agüela, lleve la cuenta. ¿Se ha quedado alguien arriba? Muchacho: sube por si se ha quedao alguno arriba. Ea..., que hay que rezar. El que no rece no come...

(Los hombres en su mayoría se arriman al fuego y se sientan junto a la VIEJA, en banquetas o en el mismo suelo, con aire de indiferencia o cansancio. El grupo formado por el COJO, el TOBALO, el CHISPA, el PABLO y el LEÓN, permanecen en el rincón de la mesa muy contrariados por la pérdida de los papeles.)

LA SOLE.— *(Advirtiendo a los remolones y después de que uno de los muchachos ha bajado del sobrado diciendo que allá arriba no queda nadie.)* ¿Vosotros no queréis rezar, u qué?

TOBALO.— *(Que toma la palabra por todos.)* Desde aquí rezaremos, Sole. No tenemos frío pa necesitar de candela... Eso se queda pa las mujeres... *(Los que están junto a él, menos el COJO, rien su gracia y la dan palmas. Los hombres que han ido «hasta la candela» apenas se sienten molestos. Están acostumbrados a todos.)*

LA SOLE.— Güeno..., que sus vea yo rezar, que aluego no quiero que digan que soy una «malmandá». Ustedes sabéis cómo las gasta don Mariano... Ea...

(Los segregacionistas se encogen de hombros y se vuelven a sentar donde estaban. Los dos muchachos que habían ido al hogar, enseguida que comience el rezo, irán replegándose hasta volver a unirse al otro grupo.)

LA SOLE.— *(A la VIEJA.)* Vamos, agüela...

(La VIEJA empieza en un tono bisbiseante y rutinario que apenas se oye: «los misterios que hemos de contemplar hoy son los de dolor...». En el grupo de los disidentes hay primero mucho silencio, y sigue el primer avemaría.)

VIEJA.— Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo y bendito sea el fruto de tu vientre Jesús...

TODOS.— Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén, Jesús...

EL CHISPA.— *(En el intervalo entre una y otra avemaría.)* Ta... ta... también ha sío ma... ma... la pata... que nos haigamos quedao sin co... corría...

TOBALO.— Tie una sangre mu negra el don Mariano... Santa María, Madre de Dios...

PABLO.— Si queréis, yo sus pueo contar la corría que vi el año pasado en la Feria de Córdoba...

EL LEÓN.— Ya «mos» la has contao cien veces... Santa María, Madre de Dios...

(Poco a poco la conversación del grupo se va despegando de las avemarías y su conversación termina resaltando sobre el rezo bisbiseante de los que están junto al fuego. Al principio, la SOLE les observa de reajo y mueve la cabeza. Por último, se desentiende de ellos y reza en el grupo. Así se divide pronto la escena.)

EL CHISPA.— Pos que «mos» lo cuente otra vez... Venga, Pablo...

TOBALO.— *(Con sorna.)* Chiss..., callarsus y rezar...

EL LEÓN.— *(Al COJO.)* Tú nunca rezas... Mueves los labios, pero no rezas, gorrión, que te tengo guipao... *(Se ríe el COJO.)*

EL CHISPA.— Pos dí... dicen que antié... antié..., que... q... que los caballistas han colgao del pezcuezo a los del co... cortijo de la... Pa... Paloma...

PABLO.— ¿Queréis que sus cuente la corría...?

EL LEÓN.— Sí, Pablo... Cuenta, muchacho...

EL COJO.— Hablar más bajo, niños... Cuenta...

PABLO.— ¡Jozú, qué corría...! En cien años que viva, que no se me olvida.

Madre, qué día... Yo y mi compadre, el Tato el de La Puebla, habemos disfrutao como nunca. Figurarse que destriparon cinco caballos, cinco...

TOBALO.— ¿Cinco? Eres un desagerao...

PABLO.— Por mi madre, cinco...

EL CHISPA.— ¿Y... Y... se... le han sa... salió las tri... tripas ajuera?

PABLO.— Toas las tripas ajuera. Chacho..., qué corría...

TOBALO.— ¿Y el Mazantini?

PABLO.— Pos el Mazantini se llevó una pita de miedo. Escoltao por la Guardia Civil salió. Se meaba de mieo con aquellos Miura...

EL LEÓN.— ¿Cómo eran los Miura?

PABLO.— Jozú..., vaya bichos... Comenzaba a salir toro de los toriles y no se terminaba nunca de salir. ¡Chacho!..., unos pitones como de aquí a la Indiana. Pos ¿y loz mugío que pegaban? Muuu... Muuuu... Muuuu...

(Se ríen todos, menos el COJO.)

EL GRUPO.— *(Riendo la gracia.)* Muuu... Muuu... Muuu... *(Los muchachos se retuercen de risa.)*

LA SOLE.— *(Volviendo la cabeza.)* Ea... A ver si va poder ser...

TOBALO.— Chisss... *(Ahora se enhebran a las avemarías.)*

TODOS.— Santa María, Madre de Dios, etc.

EL CHISPA.— Se... se necesita tenerlo too bien apa... apaño pa... pa ponerse de... delante un bicho de esos...

TOBALO.— Pos aquí el León bien que se puso...

EL CHISPA.— Pe... pero... le dio can... canguelo...

EL LEÓN.— *(Elevando la voz.)* ¿Quién, yo? ¿Canguelo...? Pero ¿qué dices, chaval? ¿Canguelo del toro?

TOBALO.— Del toro, no; pero de los guardias sí...

EL LEÓN.— Si a ti te hubián estao zumbando toa la noche en el cuarteliyo, a ver si te quedaban ganas de volver a arrimarte a los toros...

PABLO.— Güeno..., ¿sus sigo contando?...

EL LEÓN.— *(Siguiendo con su tema.)* Y yo porque ahora no me dejan arrirmarme a un cerrao, porque siempre hay quien va con el cuento a los ceviles, que si no...

TOBALO.— Pos, León, si los «ceviles» pegan, más pega el toro...

EL LEÓN.— Pos pa que te enteres, que no me da mieo ni el toro ni los ceviles...

(Al oír esto vuelven todos a hacer el «muuu» y la SOLE vuelve a reconvenirlos.)

TOBALO.— Güeno..., callasus... Y rezar... *(Se enhebran fugazmente, pero vuelven enseguida a separarse.)*

PABLO.— Güeno..., ¿ya no queréis que sus cuente más?

EL LEÓN.— Si «mos» lo has explicao cincuenta veces. Además, que no lo sabes contar. Aluego no sabes cómo Mazantini pega el rechazazo...

TOBALO.— ¿Cómo lo pega, León?

EL LEÓN.— *(Poniéndose en pie y marcando un rechazazo.)* Asín..., asín... *(Le olean los otros y vuelven al «muu». Ahora la SOLE va hacia ellas enfadada.)*

LA SOLE.— *(Con voz silabante como una víbora.)* Si no queréis rezar, marcharse ajuera y no estorbéis... *(Al COJO.)* Y usté también, vaya un ejemplo que da. Así agradece la caridá que se le hace en esta santa casa... *(Al oír esto todos se callan. La SOLE sin reparar en ello da un cachete en el cogote a los muchachos.)* Y vosotros, a rezar..., que se lo voy a decir a don Mariano y verás la que sus arrima. Ea... *(Se lleva a los muchachos luego de echar una mirada de reconvención a los alborotadores.)*

(Hay una pausa tensa en que el bisbiseo de los que rezan tiene un acento trágico.)

TOBALO.— *(Al COJO, que se siente abrumado.)* Es una bicha... No la hagas caso. *(El COJO parece hacer ademán de levantarse para ir a rezar.)*
¡Sus!... quieto ahí. ¿Se va a salir con la suya?...

EL COJO.— No sus quiero comprometer...

TOBALO.— ¡Quietos! Como si no te hubiás enterao...

EL LEÓN.— Y aluego dicen de la Mano Negra...

EL CHISPA.— Pos dicen que en el Co... Cortijo de la Pa... Paloma...

TOBALO.— Lo que hacía falta es que se arrimaran pa acá...

EL COJO.— Callarse...

TOBALO.— *(Muy enérgico.)* Venga, Pablo..., cuenta la corría...

PABLO.— ¿Queréis que sus cuente cuando se picó con Machaquito? Pos se picó porque, en el otro toro, el Machaquito antes de pegar la estocá lo había guipao así, en plan chulo, como diciendo: «mía cómo se mata»...

EL LEÓN.— Porque el Machaquito sabe pegar estocás y el Mazantini no sabe más que hacer figuras, porque es el toreo de la aristocracia...

EL COJO.— *(Obsesionado.)* Me marcharé y no me tendréis que mantener más...

TOBALO.— Me cagüen en la... (*Cierra los labios para no decir una blasfemia.*) Pos te advierto que como se me suba la sangre a la caeza mañana, pío yo también la cuenta y mos largamos...

EL COJO.— No me puen ver ni en pintura.

EL LEÓN.— Si tos nos vamos a tener que largar pronto. Ya no quea na de trabajo...

EL CHISPA.— Pe... pero... el... señorito... di... dice que mos tendrá too el año por la comía...

TOBALO.— Me cauen... Sigue contando, Pablo...

EL COJO.— Deja, Tobalo, que me vaya...

TOBALO.— Que no te vas, por mi madre que en gloria esté...

EL LEÓN.— ¡Güeno, callarsus ahora...!

(Pausa. Las avemarías. El grupo permanece silencioso.)

EL CHISPA.— (*Rompiendo la pausa.*) Pa... Pa suerte..., la del... Le... Lebrija...

TOBALO.— Pos este cura no se cambiaba por él.

EL LEÓN.— (*Con mucha ironía al TOBALO.*) La «invidia» se lo come al Chispa. (*Al CHISPA.*) ¿Te gustaría que el amo te quisiera?

EL CHISPA.— El a... amo «mos» quiere a toos... (*Risas sofocadas. El COJO sigue taciturno.*)

PABLO.— (*Intentando continuar su relato.*) ¿Pos y cuándo el Machaquito cita al toro con la montera...?

TOBALO.— (*Interrumpiéndole y dirigiéndose al COJO.*) Compadre, ¿quies desarrugar la jeta ya de una vez?

EL COJO.— (*Con acento de enfado.*) Déjame en paz, Tobalo... (*Hay una pausa tensa. El TOBALO da un puñetazo en la mesa y sofoca una blasfemia. En este momento se da por terminada la parte principal del rosario.*)

LA SOLE.— (*Volviéndose hacia ellos.*) ¡Güeno, niños!... Por lo menos rezaréis el último padrenuestro...

TOBALO.— Sí, mujer...

EL CHISPA.— El pe... penúltimo... Nun... nunca se debe decir el últi... timo...

LA VIEJA.— (*Luego de un silencio.*) Un padrenuestro por la salud de nuestros amos y en acción de gracias a su pan que comemos: Padre nuestro que estás en los cielos...

TODOS.— El pan nuestro de cada día...

LA SOLE.— *(Cuando han terminado de rezar.)* Ea..., ya podéis retozar too lo que gustéis, que paecéis mismamente animales... ¿Se va usté, agüela?

LA VIEJA.— *(Que va a hacer mutis.)* Tengo que ir a ver al ama antes de acostarme. Hasta mañana, hijos... Descansar...

VOCES.— Con Dios, agüela, que descanse... *(Sale la VIEJA.)*

(Casi todos han ido a reunirse con el grupo. La SOLE levanta la tapa de la marmita y remueve el guisote.)

ANTÓN.— *(Al COJO.)* Cojo, ¿me harás el favor, hombre...?

EL COJO.— Aluego, hombre, déjame ahora...

TOBALO.— El Cojo está cabreao...

(El PABLO ha conseguido apartar a algunos, entre ellos al CHISPA, y parece explicarles «La Corrida de la Feria de Córdoba».)

LA SOLE.— *(Dando un golpe con el cazo en la marmita.)* Ea..., a comer...

(Al oír esto, todos van a coger una escudilla que hay colocadas en una repisa y se van acercando a la SOLE, que les vierte, a estilo cuartel, el guiso. Luego cada cual va a la mesa larga, coge un mendrugo de pan del saquillo que ha traído del campo —algunos sacan un frasco de aceite— y engullen su yantar. El COJO no se atreve a presentarse con la escudilla. El TOBALO le entrega la escudilla y, a empujones, le hace ir delante suyo hasta donde la SOLE reparte el rancho.)

EL COJO.— *(Al TOBALO.)* Déjame, hombre, déjame...

TOBALO.— *(Cogiendo el brazo del COJO y haciéndole presentar la escudilla a la SOLE, que se la llena. El COJO se va con la cabeza gacha hasta la mesa donde están los otros.)* Oye, Sole...

LA SOLE.— Tú dirás... *(Mientras tanto llena la escudilla del TOBALO.)*

TOBALO.— ¿Es que no te pagamos entre toos lo que se come el Cojo?

LA SOLE.— Ustedes no pagáis ni lo que «se» coméis vosotros. ¿O qué te crees, que con lo que trabajáis se può comer?

TOBALO.— Es que tú no ties por qué meterte con que si hacemos u no hacemos caridá con el Cojo. ¿Te enteras?

LA SOLE.— *(Que está distribuyendo el rancho a los otros.)* Enterá... Podéis hacer lo que sus salga de las narices. Y «cachondearse» del rosario también...

TOBALO.— *(Que ya se volvía hacia la mesa con la escudilla, al oír esto da marcha atrás.)* Porque mos sale de las narices, sí. Y pues irle con el cuento al señor Mariano y al señorito. Semos bastante hombres pa terneros sin cuidao lo que chivatee una zorra como tú...

(Al oír esto, la SOLE intenta dar con el cazo al TOBALO, que tiene las manos ocupadas con la escudilla. De rabia, la tira contra el suelo. Se arma un gran alboroto. Varios rodean al TOBALO, entre ellos el COJO. Otros calman a la SOLE.)

VOCES DIVERSAS.— ¡Haiga paz!... ¡Menos lobos!... ¡Callarsus, leñe...!

LA SOLE.— *(Haciendo la cruz con los dedos.)* Me las vas a pagar... ¡Por éstas!
(Besa la cruz.)

EL LEÓN.— *(Dando una palmada al TOBALO.)* Que es una mujer, compadre...

TOBALO.— Me cagüen sus muertos...

UN GAÑÁN.— No lo hagas caso, Sole...

(La SOLE, que, llevada por su cuidado de la limpieza, se ha apresurado a recoger los trozos del cuenco roto y limpia el suelo, masculla maldiciones.)

EL COJO.— *(Abrumado, ayuda a llevar al TOBALO hasta un rincón de la mesa. Le ofrece lo que queda en su escudilla.)* Anda, cálmate y come un poco...

TOBALO.— *(Apartando con rabia la escudilla.)* No quiero comer...

(La mayoría come tranquilamente sin dejar de observar al TOBALO.)

EL CHISPA.— *(Ofreciéndole un «hoyo» de pan con aceite.)* ¿Qui... quies... una mi... mijaja... de... ja... jamón?...

(PABLO, que está a su lado, detiene su brazo. El TOBALO se ha levantado frenético y se ha marchado por la puerta de las cuadras. Hay una pausa tensa. Cargada. Los que han terminado de engullir el guiso van dejando junto al hogar las escudillas vacías. Algunos suben con paso pesado las escaleras camino del catre. La SOLE, acurrucada junto al fuego, come a su vez de la escudilla que sostiene entre las piernas, la cabeza agachada como un grajo. Los hombres que quedan están de malhumor. Los únicos que están alegres son los dos muchachos, que tiran migas de pan al CHISPA, que también se ríe.)

EL LEÓN.— *(Cuando le dan con una miga en un ojo. A los muchachos.)* ¿Me quito la correa?

EL CHISPA.— *(A los muchachos, guiñándoles un ojo.)* ¡Haiga paz, niños...! A la... ca... cama...

(Sólo queda el grupo formado por el COJO, el CHISPA, el PABLO, el LEÓN, los dos muchachos y el ANTÓN.)

ANTÓN.— *(Luego de una pausa.)* Cojo..., ¿harás favor, hombre, de «escrebirme» la carta?...

EL COJO.— *(Levantando la cara y mirándole fijamente. Pausa. Suavizándose y dándole cariñosamente un palmada en la cara.)* Sí, hijo..., cuando quieras... *(Pausa.)* Arriba, en el canasto, tengo la carta y el sobre. Sube por ellos...

ANTÓN.— *(Balbuceante.)* Aquí no... La «escrebimos» arriba...

(Los otros, al oír esto, se rien.)

PABLO.— *(Con sorna.)* Ay, Jesús..., que me ruborizo...

EL COJO.— No tie que darte nenguna vergüenza de querer a una mujer...

EL CHISPA.— Es pa... pa la Marina, ¿verdad, ni... niño?

ANTÓN.— Arriba me la escribes...

MOZO 1.— Ya podía aprender a «escribir» como nosotros...

EL COJO.— No les hagas caso. Ea..., vamos... *(Se disponen a subir. La SOLE los detiene.)*

LA SOLE.— Arriba no quiero luces... Si tenéis que «escribir», «escribir» aquí. El señorito no quie luces. Arriba sólo se va pa dormir... *(El COJO aprieta los labios.) (Se dirige al ANTÓN.)* En el canasto verás los papeles. Bájalos. *(El ANTÓN sube las escaleras.)*

(Los otros, aburridos, contemplan con sorna la escena. El COJO se vuelve al grupo.)

EL LEÓN.— *(Susurrante al COJO.)* Ties que avisar a la Mano Negra, pa que haiga justicia en esta casa...

PABLO.— Calla... *(La SOLE ha ido por un barreño. En el vierte agua de un cántaro y se dispone a fregar las escudillas. Baja el ANTÓN con un sobre, un papel, tintero y pluma.)*

ANTÓN.— *(Poniendo delante del COJO los objetos.)* Toma...

EL COJO.— Siéntate a mi vera... *(Al CHISPA.)* Apártate tú y deja que se siente éste... *(El ANTÓN se sienta junto a él con mucha vergüenza. Todos se apiñan alrededor, muy maliciosos.)*

LA SOLE.— Darse prisa, que sus voy a apagar la luz...

EL COJO.— *(Poniendo la fecha.)* Cortijo de Venegas, a 27 de marzo de 1911. Mi querida e idolatrada Mariana...

PABLO.— Ay... *(Risas.)*

EL COJO.— *(Al ANTÓN.)* Tú dirás...

(El ANTÓN baja la cabeza avergonzado. Mira a los otros, que se ríen.)

EL COJO.— *(Luego de una pausa.)* Vamos, muchacho... ¿Qué quies decirla?...

EL LEÓN.— *(Muy brutalmente.)* Que te vengas pal Soto mañana por la noche... *(Risas.)*

EL COJO.— *(Muy serio.)* A ver si tenéis un poco de ca... *(Iba a decir caridad. Se detiene. Baja la cabeza.) (Dice con mucha energía.)* ¡A ver si seis hombres!... *(Lo ha dicho con tanta energía que los otros enmudecen en*

sus risas. El ANTÓN está a punto de llorar.) (Al ANTÓN.) Vente pa acá, muchacho... (Se aparta con él al otro extremo. A los otros.) Y vosotros... hacer favor, hombre... (El CHISPA iba a seguirles, pero el LEÓN le detiene.)

EL LEÓN.— Aquí... Dejarles tranquilos... Nosotros, pal catre...

(El COJO y el ANTÓN se colocan en un rincón de la mesa como confesándose. El ANTÓN va dictando la carta. Los otros van desfilando escaleras arriba con un «descansar» que la SOLE contesta entre dientes. Quedan solos los tres: la SOLE, el ANTÓN y el COJO. La mujer mira de reojo a la pareja y sigue fregando. Se oye el bisbiseo del ANTÓN, que sigue con la cabeza gacha, avergonzado. Al cabo de un rato entra la MICAELA, una muchacha verdaderamente hermosa, joven, estropeada. Saluda con un «güenas noches», que los dos no contestan, y se dirige a donde está la SOLE.)

MICAELA.— Traiga que la ayude un poco.

LA SOLE.— Si ya estoy terminando, mujer...

MICAELA.— No he podido venir antes... *(Habla con voz dura y cansada.)*

LA SOLE.— Nadie te pregunta na...

(La MICAELA mira alrededor como buscando a alguien. Está desasosegada.)

LA SOLE.— *(Muy maliciosa.)* No mires tanto, mujer, que no está. Arriba tampoco... *(Luego de una pausa premeditada para que sus palabras hagan más efecto.)* El amo lo ha mandao a llamar...

MICAELA.— *(Con voz ronca y rabiosa.)* Otra vez...

LA SOLE.— *(Con toda su malicia.)* Que no pue vivir sin él... *(La MICAELA calla y baja la cabeza.)* Le quiere con locura. *(Otra pausa.)* ¿Y la señora?

MICAELA.— Lo de siempre: llorando, rezando...

LA SOLE.— ¿Has comío?

MICAELA.— No tengo ganas...

LA SOLE.— Pues hija: te tomas las cosas de una manera... Cuando se es «probe» ya se sabe lo que le toca a una: tragar mecha. (*La MICAELA deja de fregar y llora.*) Pero chica..., ¿vas a llorar ahora? Pos hija: ni que no hubiá en el mundo más hombre que el Lebrija. Tamién tú... Mía por dónde el amo se ha ido a encaprichar con el tuyo. Ni que tuviás la negra. Pos ya sabes lo que te toca: buscar otro. Hombres no faltan... (*La MICAELA mira a la pareja del COJO y el ANTÓN le indica a la SOLE que se calle.*) ¡Bah!..., ésos están en las nubes... Hazme caso, mujer...

(En este momento entra el LEBRIJA. Viene con la cabeza gacha. Derrotado. No dice nada al entrar. Se dirige hacia las escaleras sin reparar siquiera en las mujeres. Éstas se ponen de pie. Le detienen.)

LA SOLE.— ¡Chacho!... ¡Lebrija!...

(El LEBRIJA se detiene y se vuelve a ellas. La SOLE señala a la MICAELA. Los de la carta están embebidos y no reparan en nada.)

LA SOLE.— Pero... ¿no ves quién está aquí?...

MICAELA.— (*Dando un paso hacia él.*) Te estaba esperando...

EL LEBRIJA.— (*Bajando la cabeza.*) Con Dios, Micaela...

LA SOLE.— (*Deteniéndole.*) No te vayas... ¿Has cenao ya? (*LEBRIJA no contesta. Mira a la MICAELA y no se atreve a marcharse. La SOLE habla con malicia.*) Habrás cenao con el amo. Buenas magras y vino de Montilla...

MICAELA.— (*Ha llegado hasta el LEBRIJA y le sacude.*) ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes, Lebrija?

EL LEBRIJA.— Déjame... No me pasa naa...

MICAELA.— (*Intentando abrazarle.*) ¿Es que ya no me quieres? ¿Qué te he hecho yo? ¿Qué te he hecho yo?, dime.

(El LEBRIJA se pasa la mano por la boca como limpiándose. Está nervioso. Se debate.)

EL LEBRIJA.— No me pasa naa...

(De pronto, cede ante la MICAELA y, de una manera salvaje, la abraza y la besa. La SOLE da un grito y los separa.)

LA SOLE.— Eh... Eh... Pero ¿sus habéis vuelto majaras?... ¿Es que no tenéis vergüenza, ni temor de Dios? Vamos..., aquí delante de mí, delante de esos... *(Los otros han observado el beso y han dejado de escribir.)* No se pue consentir. Vamos. Pa eso estoy yo aquí. Poes estaría bueno. *(A la MICAELA.)* Ya te estás marchando tú... *(Al LEBRIJA.)* Y tú a dormir... Vamos. ¡Pues sí, lo que faltaba! Que se entere el señorito y... Ea..., vivo. *(Empuja a cada uno a su sitio.)* Si queréis hacer guarrerías, os vais lejos. Pero aquí, delante de mi jeta, ni hablar... ¿Me oís? *(La MICAELA llora. El LEBRIJA escupe y mira fijamente a la SOLE. Le relampaguean los ojos. Por fin LEBRIJA da media vuelta y sube escaleras arriba. La SOLE empuja hacia la puerta a la MICAELA.)* Ea..., se ha terminao la función. A llorar a la cama. Aquí no ha pasao na. Nadie se ha enterao de na... *(Mira a los de la carta. La MICAELA sale gimoteando. Luego la SOLE recorre la estancia. Atranca bien la ventana, y la puerta que da al corral, por donde se ha ido la MICAELA. Se planta al fin ante los que escriben la carta y da una palmada.)* Ea..., se acabó la escritura. Mañana será otro día...

EL COJO.— Un momento, mujer...

LA SOLE.— No hay momento. A dormir se ha dicho. La termináis mañana. Y na de encender luces arriba, ¿eh? A dormir. Que se van a terminar muchas cosas aquí. Que una es demasio buena... ¡Al catre...!

(El COJO y el ANTÓN se dirigen hacia las escaleras y suben lentamente con el recado de escribir en la mano.)

LA SOLE.— *(En el momento en que van a desaparecer.)* Y que no quio ver luces encendías. ¿Estamos? *(Mutis de los otros.)*

(La SOLE lentamente va matando las luces de los velones. En la semioscuridad termina de dejar todo en orden. Queda la escena iluminada por el rescoldo rojo del hogar. La SOLE sube de puntillas la escalera y desde arriba escucha un momento. Baja luego lentamente. Mira a to-

dos lados. Abre luego la puerta de las cuadras. Mira hacia dentro. Sonríe.)

LA SOLE.— *(En la puerta de la cuadra.)* Mariano... ¿Estás ahí?

EL APERADOR.— *(Apareciendo en la puerta. En mangas de camisa. Con la faja ceñida a la cintura.)* Aquí estoy, mujer... Esperándote... *(La echa la mano por el hombro y la besa. La empuja hacia dentro.)*

LA SOLE.— *(Que con la otra mano se ha desceñido el escote.)* ¡Chacho, cuidao..., cuidao...! *(Cierra bien la puerta. La escena queda vacía. El resplandor rojizo del rescoldo.)*

(Telón.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. A través de la ventana se inicia un hermoso y primaveral día de sol. La SOLE mete cosas diversas en un cesto que hay sobre la mesa: unas tortas de aceite, cintas, botones, un panecillo, etc. Al mismo tiempo vigila algo que se fríe en la sartén. Por la puerta que da al corral entra lentamente el COJO. Viene poniéndose una zamarra.

LA SOLE.— (*Muy cariñosa, al COJO.*) Le pongo unas tortas de aceite de las que a usted le gustan tanto. En el pan, unas magritas...

EL COJO.— No se moleste...

LA SOLE.— Hoy va hacer buen día. Asíéntese mientras el Pablo viene con el carro.

EL COJO.— Prefiero irme dando un paseo. Con un día tan güeno...

LA SOLE.— (*Extremando su melosidad.*) ¿Andando? ¡Quia!... Con lo que llovió ayer, hay mucho barro. Por eso le he dicho al Pablo que viniera. ¿No quiere usted tomar na más?

EL COJO.— Se agradece. Pero estoy bien...

LA SOLE.— ¿De verdad no quiere usted unos torreznetos? Mire que estoy haciendo el almuerzo al señor Mariano y va a sobrar...

EL COJO.— Se lo agradezco, Sole. Pero no...

LA SOLE.— Parece que está usted dolío conmigo por lo de anoche. ¡Como si no me conociera...!

EL COJO.— Aquello ya pasó...

LA SOLE.— El berrinche fue mayormente con el Tobalo, que me pone siempre en el disparadero. Mía por dónde siempre tie que pagarlo usted, que es un santo varón...

(El COJO ha ido por el canasto y se lo mete debajo del brazo. Parece dispuesto a marcharse.)

EL COJO.— Güeno...

LA SOLE.— Pero ¿no va usted a esperar el carro?

EL COJO.— Me voy a pata... Despacito.

LA SOLE.— *(Cogiéndole el canasto y volviendo a colocarlo sobre la mesa.)*

Ya he mandao a llamar al Pablo. Y como lleva el mismo camino... Por lo menos lo deja a usted en el cruce... Por cierto, ¿se va a llegar usted hasta Santa Cruz?

EL COJO.— Sí; porque los muchachos me han encargao unas cosillas: tabaco, sobres...

LA SOLE.— Pos si no le sirve de molestia, le doy dos pesetas pa que me traiga media vara de aquella tela que tien en Ca la Romana pa delantales. ¿Se acordará?

EL COJO.— No se me olvida.

LA SOLE.— Aquí le meto las dos pesetas. *(Pausa.)* Vaya usted con el Pablo. No ande solo por los caminos, que paece que las cosas no están bien, que ya sabe usted lo que dicen los papeles. A ver si nos da usted un desgusto. Con el Pablo va más tranquilo...

EL COJO.— Naide se va a meter con un pobre como yo. Ya me conocen en tos los cortijos...

LA SOLE.— ¡Ay, sí!..., pero yo no vivo hasta que no lo veo de vuelta y con bien. Cuando más ahora, que hay tanto maleante. Que manque usted no se lo crea, yo le tengo guena voluntad y me lleno de gozo cuando le veo enseñar de letra con tanta paciencia a esos desgraciaos que no se lo agradecen...

(El COJO está sentado y parece creerse lo que la otra le dice.)

EL COJO.— Gracias, mujer...

LA SOLE.— Le pasaba a usted algo, no quiera la Virgen Santísima, y me moría del desgusto. Y como yo, toos los de esta casa, que ya sabe usted que se le quiere, que no hay naide que puea decir ni tanto así. ¿No quiere de verdad un torreznito antes de marcharse? *(Va a atisbar por la puerta de*

- la cuadra.*) Ya tenía que estar aquí el Pablo... Se va usted con él y me quedo más tranquila. Dende el cruce al caserío no hay más que un paso.
- EL COJO.— Pero ¿quién se va a meter conmigo? Si cuando menos tuviá yo caudales pa que pudieran pedir secuestro...
- LA SOLE.— Esos de la Mano Negra sólo quién la barbarie. Matar y asesinar, ya lo sabe usted...
- EL COJO.— (*Se ríe divertido.*) Vamos, qué cosas tie usted...
- LA SOLE.— (*Que ha ido remover la fritanga.*) Aluego pa la tarde, cuando venga pa dar la licción a los catetos, le tendré preparaao un buen cuenco de café con leche...
- EL COJO.— (*Que se ha levantado.*) Gracias... Pero si no viene el Pablo, me tendré que marchar. Aluego no me da tiempo a hacer tos los mandaos...
- LA SOLE.— Pos si no le da tiempo, lo deja. Contra menos vicios tenga el personal, mejor. Tabaco será lo que la han encargao. Usted, con calma. Eso sí, la media vara de tele sí que le agradecería que me la trajera, porque mire qué delantal llevo... (*Extiende el delantal cogiéndolo por una punta.*) Pero usted es primero que nadie... (*Asomándose a la puerta.*) ¡Pos no se cómo no está aquí el Pablo ya...!
- EL COJO.— Si no viene, me tendré que marchar...
- LA SOLE.— (*Al oírse un rumor de pasos en el corral.*) Ahí me parece que llega...

(Miran los dos hacia la puerta del corral, donde se destaca una pareja de la Guardia Civil con fusil y traje de brega.)

- LA PAREJA.— (*Antes de entrar.*) ¡A los güenos días...!
- LA SOLE.— (*Fingiendo extrañeza. El COJO se ha puesto en pie.*) Mu güenas tengan ustedes... ¿Se ofrece algo?

(La pareja ha entrado y miran a todos lados. Sus miradas resbalan hacia el COJO.)

- GUARDIA 1.— (*Descolgándose el fusil y sentándose en una banqueta sin más ceremonia. El otro descansa el fusil y permanece en pie a su lado.*) Amos a descansar un ratito, si no le sirve de molestia...

LA SOLE.— ... Faltaba más...

GUARDIA 1.— Y si tie usted un poco de agua, s'agradece. Ya se nota el calor...

LA SOLE.— (*Yendo a llenar una jarra de agua.*) Sí, se nota, sí... Al agüelo se lo estaba «iciendo»... Sí señor... (*Vuelve con la jarra de agua. Al otro GUARDIA.*) ¿Usted no sienta? (*El GUARDIA 2 hace un gesto despectivo con los hombros. El GUARDIA 1 mete los hocicos en la jarra, bebe y la ofrece al GUARDIA 2, que hace lo propio.*) ¿Ustés no son de por aquí? Y perdonen la curiosidá...

GUARDIA 1.— (*Limpiándose la boca con el dorso de la mano.*) No, señora... Nosotros habemos venío de Córdoba...

EL COJO.— (*Por decir algo.*) ¡Ah, de Córdoba...!

GUARDIA 1.— (*Mirándole muy fijamente.*) Sí..., de Córdoba. (*Se vuelve al otro GUARDIA.*) Saca los papeles... (*El otro GUARDIA atrae para sí la bolsa de costado y saca unos papeles que entrega al otro.*)

EL COJO.— (*Levantándose, a la SOLE.*) Pos yo me voy a retirar, porque el Pablo...

(El GUARDIA 1 ha colocado ante sí los papeles y parece leer.)

LA SOLE.— Pero ¿aónde se habrá metío el Pablo? (*Al COJO.*) ¿Se va usted?

EL COJO.— (*Que ha cogido la cesta.*) Me voy... (*A los GUARDIAS.*) Señores...

GUARDIA 1.— (*Levantando la vista.*) ¿Usted vive aquí?

EL COJO.— Aquí vivo, sí señor...

LA SOLE.— Ya va pa un año...

GUARDIA 1.— Aguarde un ratito, si no le sirve de molestia...

EL COJO.— No señor... Como usted mande... (*Vuelve a sentarse sin dejar de mirar inquieto al GUARDIA.*)

GUARDIA 1.— (*Haciendo una señal a la SOLE.*) A ver..., usted...

LA SOLE.— (*Acercándose.*) Mande... Perdone un momento... (*Va hacia el fogón y retira la sartén. Vuelve.*) Mande usted...

GUARDIA 1.— ¿Cuántos hombres pernoctan aquí?

LA SOLE.— ¿Cómo «ice» usted?

GUARDIA 2.— Que cuántos hombres duermen aquí...

LA SOLE.— ¿Aquí? Pos... (*Al COJO.*) ¿Cuántos son?

EL COJO.— Once...

LA SOLE.— Eso. Once... Sí, once...

GUARDIA 1.— (*A la SOLE.*) ¿Usted conocerá a too el personal?

LA SOLE.— Sí señor..., una servidora les guisa y arregla. Ya sabe usted... Los pobres necesitan una que los apañe. Que si coser un botón, que si...

GUARDIA 1.— (*Cortando.*) ¿Cuánto tiempo hace que sirve usted aquí?

LA SOLE.— ¿Una servidora? ¡Toa la vía! Toa la vía. Pos mire usted: mi madre, que en gloria esté, ya entró a servir aquí y una servidora nació aquí, ahí mismo. (*Señala un lugar.*)

GUARDIA 1.— (*Cortando.*) ¿Y conoce usted bien a toa la peoná?

LA SOLE.— (*Riendo.*) ¿No voy a conocer?...

GUARDIA 1.— La peoná que hay ahora aquí, ¿dende cuándo trabaja en la casa?

LA SOLE.— Pos los más serios de la casa. Aquí too el personal es de confianza. ¡Menúo es el señorito pa coger a cualisquiera! Ya conocerán ustés a don José María Venegas... ¡Pos sí!...

GUARDIA 1.— (*Mirándola muy serio.*) Ahora atienda usted a lo suyo...

LA SOLE.— Sí, señor... Una servidora está pa servirles... (*Va hacia el fogón. El GUARDIA mira al COJO. Éste ha sacado tabaco y ofrece a los GUARDIAS.*)

GUARDIA 1.— No fumo... (*El otro también deniega. El COJO empieza a liar el cigarrillo.*) ¿Tú cómo te llamas?

EL COJO.— Santos Fernández López, pa servirles... Tengo papeles... (*Hace ademán de ir a rebuscar en su faja.*)

GUARDIA 1.— (*Deteniéndole con un gesto.*) No..., deja, ... déjate ahora de papeles...

LA SOLE.— (*Desde el fogón.*) Huy, este señor Santos es como su nombre: un santo. Pregunte, pregunte al personal. No hallaran ustés malquerencia, no...

GUARDIA 1.— (*Sin hacer caso y luego de una pausa.*) Bueno, hombre, bueno... Conque un año. (*El GUARDIA consulta los papeles que tiene en la mano.*) ¿Y a qué te dedicas aquí?

EL COJO.— (*Sonriendo.*) Pos mire usted... La cosa es que... Como un servidor, por la misma inutilidad, (*Muestra la pierna agarrotada.*) no sirve pa trabajar en lo suyo, es decir, en lo que debe trabajar un hombre, u séase, en el campo..., pos aquí me tien ustés, arrecogió como el que dice..., y pa no ser una carga, pos hago algunos mandaos y...

LA SOLE.— (*Volviéndose.*) Aquí el señor Santos enseña la letra al personal. Es un hombre leío y que sabe de letra...

GUARDIA 1.— Güeno, hombre, güeno... Así que enseña a leer al personá...

EL COJO.— (*Sonriendo.*) Mos entretenmos así...

GUARDIA 1.— ¿Y aónde trabajaba el amigo antes de caer por acá?

EL COJO.— Un servidor siempre ha estao por acá. Pos antes de aquí estuve en la Veleta, por donde el término de Porcuna, y más antes entoavía, en las Palomas... A cualisquíá que pregunten...

GUARDIA 1.— Y lo de la pierna, ¿cómo vino a ser?

EL COJO.— Un carro que me la aplastó... Hace ya... pos sus güenos veinte años. Tengo cincuenta y dos... Sí..., veinte años...

GUARDIA 1.— ¿No ties familia?

EL COJO.— No, señor... Por eso...

GUARDIA 1.— ¿Y siempre te has dedicao a eso? Amos, quiero decir, dende lo de la pierna...

EL COJO.— Pos sí señor... Amos siempre he procurao echar una mano en lo que pueo...

GUARDIA 1.— ¿Tú conocerás bien al personal de la casa?

EL COJO.— Pos, hombre... en un año que llevo...

GUARDIA 1.— Amos quiero decir que... si siempre has andao por esta comarca, que conocerás al personal de aquí y de otros lugares. Másime no teniendo que trabajar en el campo y yendo de acá pa allá. (*Buscando la aprobación del otro GUARDIA.*) Siempre se conoce así más personal...

EL COJO.— Pos sí señor...

LA SOLE.— Es un hombre mu servicial y mu hombre de bien...

GUARDIA 1.— Güeno, hombre... (*Al COJO.*) Pos ya se pue marchar el amigo... (*Haciendo una seña.*) Manque, si no le sirve de molestia al amigo, que se llegara hoy mismo al Cuartel de Santa Cruz, no sea que el Sargento quisía preguntarle algo...

EL COJO.— Pos sí señor, con mucho gusto; precisamente a Santa Cruz voy a hacer unos mandaos pa los muchachos...

GUARDIA 1.— (*Levantándose.*) Pos si no le paece mal, echaremos una tirá con usté, que nosotros vamos pa hacia el cruce, jasta el Pedruelo...

EL COJO.— Sí, señor...

LA SOLE.— (*Al COJO.*) No se le olvide la media vara e tela... ¡Mía que también el Pablo! (*A los GUARDIAS.*) Es que si viniera el Pablo, les llevaba a los tres en el carro...

(Los GUARDIAS, con el COJO, ya se han ido hacia la puerta.)

GUARDIA 1.— *(Sonriendo y guardándose los papeles.)* Ahora ya habemos descansao... Ea, señora... Conservarse...

LA SOLE.— Vayan ustés con Dios... Hasta luego, señor Santos...

(La SOLE va hasta la puerta del corral a despedirlos. Su rostro denota a la vez satisfacción y preocupación. Va al fogón y vuelve a sus quehaceres. En seguida se oye el trote de un caballo. Se detiene. La SOLE se arregla un poco el pelo. Se vuelve a la puerta de la cuadra por donde aparece el APERADOR, con traje campero. Trae cara avinagrada.)

EL APERADOR.— *(Nada más entrar.)* ¡La maldita jaca esta!... ¡La mare que la echó, lo resabiá y lo indócil que está! Tengo que tener unas palabritas con los que mangonean la cuadra, no sea que me estén preparando la trampa... *(Se ha sentado junto a la mesa. La SOLE ha ido hacia él y por detrás le ha dado un beso en la mejilla.)*

LA SOLE.— Ha estao la pareja...

EL APERADOR.— *(Apartando la cara para evitar la caricia de la SOLE.)* Quieta, ahora... Ten cuenta... *(Contestando a la frase anterior.)* Sí, los he visto... Uno, menos...

(La SOLE ha vertido en el plato los huevos con magras y se los ofrece reverenciosa al hombre.)

LA SOLE.— A ver si está de tu gusto, hombre...

EL APERADOR.— No me llames de tú. Aquí nunca estamos solos. Ten cuenta, mujer...

LA SOLE.— *(Mirando hacia todos lados.)* Perdona... *(En voz alta.)* Si quie usté que lo dé otra vueltecita en la sartén, me lo dice... *(El otro ha empezado a comer vorazmente.)* ¿Está bien? *(El otro hace un gesto.)* Al probe señor Santos se le iban los ojos tras las magras...

EL APERADOR.— *(Muy hosco.)* ¿Aónde está el vino?... Ea..., y a ver si hablas menos, que paece que te has desayunao con lengua...

(La otra va a la alacena y saca la botella del vino. Llena un vaso y se lo lleva al hombre. Al volver la botella, la mira al trasluz.)

LA SOLE.— *(Mirando la botella.)* El día que coja yo al que tienta esta botella se va a enterar de cómo me llamo... ¡Mía que es grande que una no se mueve de aquí y siempre tien que faltar cosas! Cuando no un huevo, un peazo tocino... Hasta tu vino...

EL APERADOR.— ¡Y dale!... *(La otra se tapa la boca. Luego de una pausa.)*
¿Qué dice la pareja?

LA SOLE.— *(Acercándose muy solícita.)* Pos... na de particular. Lo de siempre. Si conocía al personal y que cuántos dormían. No le entendía. Ha dicho no sé qué...

EL APERADOR.— *(Masticando pensativo.)* Andan revueltos los cortijos...

LA SOLE.— Pero ¿qué pasa?

EL APERADOR.— ¿Qué pasa? Na... Gandulería. Lo de siempre. Antes eran los caballistas. Ahora los sindicatos, los anarquistas... Eso de la Mano Negra...

LA SOLE.— ¡Vaya por Dios!

EL APERADOR.— El personal está mu resabiao... Ya les iba a dar yo... ¡Si el señorito no fue tan güeno, me cagüen...! *(Tendiendo el vaso.)* Lléname esto, oye... *(La mujer va a por la botella. Le llena el vaso y permanece de pie a su lado sin atreverse a sentarse.)* Acabo de tener una discusión con el Tobalo...

LA SOLE.— *(Fingiéndose sorpresa.)* ¿Con el Tobalo?

EL APERADOR.— El señorito me dijo ayer que lo despidiera. Conque voy y le digo: Tobalo, ya sabes, el sábado te doy la cuenta y... ¡que se ma ha puesto flamenco el tío...!

LA SOLE.— Es mal bicho ese Tobalo...

EL APERADOR.— Con que el sábado se larga... *(Luego de una pausa y con mucha intención.)* ... Y van dos...

LA SOLE.— Pos señor Mariano..., tenga cuenta con el Tobalo, no se fie...

EL APERADOR.— ¿Quién? ¿El Tobalo? ¿Ese desgraciao? Lo que le he dicho... Oye Tobalo, eso es lo que me gusta: los flamencos como tú. Así que cuando quieras...

LA SOLE.— Pero en estos tiempos, una malquerencia...

EL APERADOR.— A mí ni me gusta el Tobalo, ni ninguno. Al que se me ponga chulo, lo amarro en la cuadra y le meto en solfeo con el vergajo que no le van a quedar ganas ni de recostarse...

LA SOLE.— Pa eso está la Guardia Civil... *(El APERADOR ha terminado de comer y se limpia la boca con el dorso de la mano, eructa, se pone de pie. Agarra de improviso a la SOLE y la estrecha entre los brazos, la besa. En seguida la suelta. Habla en voz alta.)* Ea..., me voy, que no quieo perder de vista a esa gente. Estarán haciendo el rácano. Oye bien lo que te digo: no quieo aquí jarana. Na de «conciliábulo» ni de papeleos, ni cachondeo. En cuanto guipes alguna cosiya, por pequeña que sea, me das cuenta. ¿Enteraos? Que el señorito quie dormir tranquilo. Y, ya te digo, si alguno se pone flamenco, *(Moviendo significativamente la mano.)* ya lo arreglaré yo... Ea...

(En el mismo momento en que va a salir por la puerta de las cuadras, aparece el LEBRIJA. El APERADOR se queda extrañado. La SOLE también. El LEBRIJA está de pie ante ellos, moviendo nervioso la gorra que lleva en la mano.)

EL APERADOR.— ¿Qué pasa? ¿Por qué has dejao el trabajo?

EL LEBRIJA.— Nesecito hablar con usté...

EL APERADOR.— Desembucha...

EL LEBRIJA.— *(Tragando saliva.)* «Nesecito» hablar con usté a solas...

EL APERADOR.— *(Mirando a la SOLE.)* Pos a solas me tienes. Haz cuenta que la Sole es de confianza. ¡Y vivo que no estoy pa perder tiempo!... Ea...

EL LEBRIJA.— *(Luego de titubear.)* Que me haga usté la cuenta, que me marcho...

(Al oír esto, el APERADOR, que se disponía a salir por la cuadra, se vuelve. La SOLE se acerca.)

EL APERADOR.— *(Luego de una pausa.)* ¿Que te quies marchar?... ¿Por qué?...

EL LEBRIJA.— *(Luego de otra pausa.)* Ya sabe usté por qué...

EL APERADOR.— *(Dándole una palmada en el hombro.)* Amos, muchacho, amos.... No seas lila y déjame tranquilo, que bastante tengo yo con...

EL LEBRIJA.— *(Con energía.)* ¡Le digo a usté que me marcho...!

(Le mira de frente el APERADOR.)

LA SOLE.— ¿Es que te habemos tratao mal?

EL APERADOR.— *(A la SOLE.)* Tú, cállate... *(Al LEBRIJA.)* Oye, guapo: ¿vamos a empezar otra vez? *(Luego de otra corta pausa.)* ¿Por qué no se lo dices al señorito? ¿Eh? ¿Por qué me ties que dar a mí siempre la tabarra? Anda, díselo al señorito...

LA SOLE.— ¡Probe don José María, se muere del disgusto...!

EL LEBRIJA.— *(En voz baja y poco convencido.)* Tengo que marcharme...

EL APERADOR.— Oye: que no te se ocurra... Que no te se ocurra marcharte sin enterar al señorito. Por tu bien te lo digo... *(Dándole otra palmada e intentando bromear.)* ¡Ea, venga ya!... ¿a que ties que decir tonterías?... Vamos a tomar una copa. *(Volviéndose a la SOLE.)* Sole: échanos dos copas de cazalla, mujer... *(La SOLE va corriendo a la alacena y saca una botella y dos copas.)* ¡Ea, bebiendo se entienden los hombres...!

(El LEBRIJA se va a llevar la copa a los labios, cuando irrumpe en escena la MICAELA, totalmente descompuesta. Se planta delante del LEBRIJA y habla expulsando las palabras de la boca como si echara las entrañas.)

MICAELA.— *(Al LEBRIJA.)* ¡Cobarde!... ¡Eres un cobarde!... ¡Un cobarde y un maricón...! ¡Maricón!...

(El LEBRIJA, ciego de ira, ha dado un tremendo bofetón a la MICAELA, que ha caído rodando por el suelo. La SOLE y el APERADOR han quedado sorprendidos y helados ante aquella salida. Al fin cogen a la chiquilla, que está presa de un ataque convulsivo. El LEBRIJA ha dado media vuelta y ha salido de estampía.)

MICAELA.— *(Agitándose entre las convulsiones.)* ¡Es un maricón que se va con el señorito..., y usted tie la culpa..., se va con el señorito! ¡Se va con el señorito!... *(El APERADOR le da unas cuantas bofetadas. Ella le muerde la mano.)*

EL APERADOR.— *(Muy nervioso a la SOLE.)* ¿Y tú qué haces ahí, atontá?... ¡Una cuerda!... ¡Pronto!... En la cuadra...

(La SOLE entra corriendo en la cuadra y saca una soga. Con gran trabajo, porque la otra echa espuma por la boca y balbucea ya palabras incoherentes, consiguen atarla fuertemente. Entre los dos se la llevan a la cuadra. En seguida vuelven los dos. El APERADOR tiene sangre en la mano.)

LA SOLE.— ¡Le ha hecho a usted, sangre...!

EL APERADOR.— No es na... ¡Quita!... Se ha vuelto loca.... Voy a avisar pa que vengan a por ella... Tú, vigílala... *(Se dirige a la puerta del corral tropezando con las banquetas; a una de ellas, que se interpone en su camino, la echa a rodar de una patada.)*

LA SOLE.— ¿No quies que te cure?...

EL APERADOR.— ¡Tú no te muevas de aquí! ¡Y vigila...!

(La SOLE está muy nerviosa. No sabe qué hacer. Se arregla el pelo, el delantal. Va de un lado a otro. Atisba por la ventana. Hace no se qué en el fogón. Al fin se asoma otra vez a la cuadra y por fin cierra bien la puerta, en el momento en que aparece la VIEJA en la puerta del corral. La SOLE intenta disimular y se acerca al fogón.)

LA VIEJA.— ¿Pasa algo, Sole?

LA SOLE.— *(Muy seca.)* Na...

LA VIEJA.— Como he visto salir al muchacho de esa manera y aluego al señor Mariano, digo a ver si le ha pasao algo a la Sole. Estaba ahí tomando el sol...

LA SOLE.— *(Tratando de calmar su inquietud.)* Pos no pasa na, agüela. Vaya, vaya usted a tomar el sol... Hoy se agradece... *(Suspira.)* ¡Madre de Dios, qué mañana! Y van a venir esos por el almuerzo y las papas sin hervir... ¿No te digo? *(Pensativa.)* Y vendrán a por el carro... *(A la VIEJA.)* Agüela, si no le sirve de molestia, asíéntese usted a la vera de la puerta la cuadra y asíñ que vengan los chavalillos, dígales que no entren en la cuadra... *(Cambiando de tono.)* ¡No se qué hacer...!

LA VIEJA.— *(Mirándola inquisidoramente.)* Pero ¿qué pasa? ¿No me quies decir qué pasa? Aquí ha pasao algo. Lo huelo...

LA SOLE.— (*Que ya no puede más.*) ¡Ay, calle usted, agüela!... Que a la Micaela, a la probe, que la ha dao así como un ataque de locura que... ¡un susto que nos habemos llevao...! Aún me tiemblan las carnes...

LA VIEJA.— ¿Y aónde está?

LA SOLE.— En la cuadra, mujer... Pero no diga usted na, no se vayan a alar-mar... El señor Mariano ha ido a dar parte...

LA VIEJA.— (*Caminando hacia la puerta de la cuadra.*) ¡Jesús, Jesús, Jesús...!

LA SOLE.— (*Se adelanta para abrir la puerta de la cuadra.*) No se la pue mirar de mieo que da... (*Queda en la puerta y la VIEJA entra recelosa. Se oyen exclamaciones y jadeos.*) No la toque, mujer... Déjela... Salga ya... ¡Venga usted!... Véngase... (*La VIEJA sale lentamente apesadumbrada.*) Si viera usted cómo se ha puesto. Al señor Mariano le ha pegao un mordisco en semejante parte (*Señala una parte de la muñeca.*) que sangra-ba como un puerco... ¡Madre mía...!

LA VIEJA.— Paece como si tuví la rabia, ¿verdad? Endemoniá paece...

LA SOLE.— (*Cerrando bien la puerta de la cuadra.*) Cierre, cierre bien. Mire usted si la puerta de ajuera está bien atrancá, y no deje pasar a nadie. Haga el favor, mujer... ¡Y a ver si yo pueo poner a hervir las papas...!

LA VIEJA.— (*Que no se mueve.*) Mismamente paece el demonio... (*Se persigna y masculla oraciones.*) Habría que darla alguna hierba. Un zumo de beleño pa que no sufriera...

LA SOLE.— (*Interesada.*) ¿Zumo de beleño?

LA VIEJA.— Pa que no sufriera... Y rezarla unas oraciones...

LA SOLE.— ¡Con tal de no verla sufrir!... Agüela, ¿aónde se puen encontrar esas yerbas?

LA VIEJA.— Ése es el caso... ¡Ave María Purísima sin pecao concebía!... Una ha visto tantos. Antaño se entendía en estos casos, pero hogaño habemos perdío el conocimiento de too lo que sirve pa matar al demonio. Tengo oío que el zumo de beleño...

LA SOLE.— ¿Y aónde está ese zumo? Pero, agüela, salga usted ya de una vez y asiéntese, y si viene algún muchacho, que no entre en la cuadra... ¡Por la Virgen Santísima!...

LA VIEJA.— Güeno, mujer... Ten calma y paciencia... ¿Has avisao a la señora?

LA SOLE.— No...

LA VIEJA.— ¿Quiés que la mande llamar?

LA SOLE.— No, mujer...

LA VIEJA.— ¿Por qué?

LA SOLE.— Porque hasta que vuelva el señor Mariano no se pue hacer na... Me ha dicho que espere... Aluego se la mandará recao, mujer. ¡Haga lo que la mando!

LA VIEJA.— Güeno, mujer... Aquí ajuera estoy. Si pasa algo, me das una voz.

(La VIEJA sale lentamente por la puerta del corral.)

LA SOLE.— *(En el momento en que la otra hace el mutis.)* Y van a venir eso pa llevarse el almuerzo y las papas sin hervir. ¿Qué hago yo? *(La otra ya ha salido.)* ¿Qué hago yo, Virgen de los Dolores? *(Va a la alacena y rebusca. Coge algunos frascos. Los destapa, huele. Está indecisa. Va hacia la ventana y se asoma.)* Pero ¿qué hace usted, agüela?

VOZ DESDE FUERA.— Na, mujer...

LA SOLE.— Pero asíéntese, mujer, y espere. Ahí, en esa piedra... ¿Pa qué se agacha? Si eso no es beleño, mujer; eso es cardo... *(Se vuelve.)* ¡Jesús, qué desgracia...! *(Coloca con gran trabajo un caldero en el fuego. Lo retira.)* ¡Quia..., si ya no hay tiempo, si están pa venir!... *(Se asoma de nuevo a la ventana.)* ¿Qué hora será, agüela?... ¿Las once? Ave, María Purísima... *(Vuelve adentro. Se aproxima a escuchar a través de la puerta de la cuadra. Abre y mira por la rendija.)* Parece que está más calmá... *(Se queda pensativa un rato y vuelve a asomarse a la ventana.)* Agüela..., ¿aónde se ha metió usted?

VOZ FUERA.— Aquí estoy, mujer...

LA SOLE.— Póngase aquí, que la vea, mujer... Aquí... ¡Jesús!... Oiga, ¿pa aónde tiró el Lebrija?... ¿Que pa aónde tiró el Lebrija, cuando lo vio usted salir?... Sí, al Lebrija... ¿Pa aónde?... ¿Pa la casa?... ¿No se jue pal campo?... *(Entra dentro.)* Cualquiá la hace caso... *(Mueve la cabeza tratando de expulsar un mal pensamiento.)* Cualquiá la hace caso... *(Siente de pronto como un escalofrío y se pasa la mano por los brazos.)* ¡Se me ha puesto carne de gallina!... Ay, Dios mío, que vuelva pronto el Mariano, que vuelva pronto el Mariano... *(Mira a todos lados con temor.)* ¿Aónde se habrá metido? *(Vuelve a escuchar tras la puerta de la cuadra. Luego se asoma de nuevo a la ventana.)* ¡Agüelaaa...! *(Se vuelve llena de rabia.)* Ya se ha marchao la dichosa vieja... Ya se ha ío... *(Sale por la puerta del corral y vuelve al cabo de un rato.)* ¿Aónde se

habrá metío...? (*Vuelve a mirar a todos lados. Su cara refleja temor. Se asoma a la ventana. De pronto hace una seña.*) Venirse pa acá... Que sus vengáis pa acá... No hace falta el carro... Venirse pa acá... (*Muy jadeante y suspirando de satisfacción va hacia la puerta del corral, donde aparecen en seguida los dos MOZOS.*)

MOZOS.— A los güenos días... ¿No sacamos el carro?

LA SOLE.— (*Mirando a la puerta de la cuadra y hablando tranquila, como segura, por tener compañía.*) No se pue sacar el carro, porque el señor Mariano ha dejao cerrá la cuadra. Que me ha dicho que la jaca esa, la Clavela, que tie no sé qué... Así que me ha dicho en cuanti que vengan éstos por el almuerzo, que no entren en la cuadra... Asentarse un rato, que venís sofocaos...

MOZO 1.— ¿Y aónde vamos a llevar el caldero?...

LA SOLE.— Pos ésa es la cuistión: que sus habéis de apañar como sea. Por un día no se vais a morir. Sus vais a llevar pan y aceite; sus arregláis allá un hoyo pa ca uno y aluego a la noche ya sus prepararé un güen puchero. ¿Estamos?

MOZO 2.— Lo que usté mande...

MOZO 1.— Pos cuando nos vean llegar aquéllos con pan seco...

LA SOLE.— Y un cuenco de aceite mu güeno... ¡Pos hijo, tamién!... Si se habéis vuelto señoritos. Razón lleva el señor Mariano... Pos mira que el señor Mariano está de unas pulgas que... ¿Sabéis qué me ha dicho? Que al que se ponga chulo que lo arrima una paliza en la cuadra... (*Al decir esto se vuelve inquieta y mira hacia la cuadra. Luego sonríe a los muchachos.*) Pero, güeno, asentarse mientras sus preparo ese almuerzo. (*Mirando el fogón.*) Mira y vosotros salís ganando. Sus vais a comer ahora unas magritas que han quedao aquí, con pan... ¿Sus apetece unas magritas?

(Les muestra la sartén donde se ven las magras. Los chicos no pueden disimular su contento.)

MOZO 1.— «Mos» las pone usté en el pan y «mos» las comemos por el camino...

LA SOLE.— No, hijo. Sus las coméis aquí tranquilos...

MOZO 2.— ¡Madre, aluego nos matan aquéllos! ¡Con la caminata que habemos de hacer a pata, llegamos a las mil y una...!

LA SOLE.— Que se aguanten... (*Guiñando un ojo.*) Y sus bebéis un vasito e vino mu güeno que tengo aquí. (*Saca la botella de la alacena y se la enseña.*) Es del señor Mariano. Vosotros no decir na... (*Coge vasos.*) Asentarse aquí, en la mesa, como si fuerais señoritos...

(Ella misma los lleva hasta la mesa cogiéndoles del brazo como si fueran niños.)

MOZO 1.— (*Restregándose las manos al contemplar la sartén que ha puesto la SOLE ante ellos.*) ¡Menú festín, chacho...!

LA SOLE.— (*Ha cortado un pan en dos trozos y se lo da. Les mira arrobada.*) Comer tranquilos. Que yo sus vea... Qué gozo da veros comer asín... ¿Qué años tenéis?

MOZO 1.— (*Con la boca llena.*) Un servidor cumplirá los deciocho pa la Virgen de Agosto?

LA SOLE.— (*Al MOZO 2.*) ¿Y tú?

MOZO 2.— (*Encogiéndose de hombros.*) No sé... Como éste.

LA SOLE.— (*Riéndose.*) ¿Es que no sabes ni en qué día has nació?... ¡Chacho!...

MOZO 2.— (*Vuelve a encogerse de hombros.*) Mi pare no s'acuerda...

LA SOLE.— (*Ha ido por detrás de ellos y les pone la mano sobre el hombro abarcándoles en un abrazo.*) Tamien podáis ser hijos míos los dos...

(Pausa. Los chicos devoran el yantar. Beben.)

LA SOLE.— ¿Y tenéis pare y mare?

MOZO 2.— Yo no tengo más que mi pare... Ya hace mucho que no lo veo...

MOZO 1.— (*Mastica lentamente.*) Un servidor sí... tiene pare y mare...

LA SOLE.— (*Que se ha llenado de una inmensa ternura.*) Ya seis dos mozos. Ya no necesitáis a nadie. Ya mismo tenéis que ir a servir al Rey... (*Insignuante.*) Y ya castigaréis a alguna moza..., ¿eh? (*Los chicos se ríen.*) Too se sabe... ¿Están güenas las magras? (*Los chicos asienten con la cabeza.*) A vuestra edad too está güeno. No comáis deprisa. Aquéllos, que esperen.

MOZO 1.— ¡Si se enteran de que habemos comío tan bien y que ellos sólo tien un «hoyo» pa too el día...!

LA SOLE.— (*Que ha ido hasta la alacena.*) Y ahora sus vais a comer estos peros... Pero terminarse antes eso... (*Coloca la fruta ante ellos.*) Qué gusto da veros comer, hijos... (*Se ha sentado frente a ellos, olvidada ya de todo, y parece agarrarse a aquella repentina ternura.*) Sois mu güenos mozos los dos...

MOZO 2.— (*Mordiendo la fruta y mirando a la SOLE.*) Mos habemos de marchar ya...

LA SOLE.— Esperarse... Descansar un ratito. Se nota ya el calor... (*Vuelve a la alacena.*) Otro traguejo e vino...

MOZO 1.— (*Riendo.*) Mos vamos a ajumar. (*Al otro.*) ¿Eh, tú?... (*Se rien.*)

LA SOLE.— Con tanto hombre aquí... una no tie tiempo de fijarse en na. Mismamente paece que os he visto ahora de nuevas. Y ya lleváis aquí una porra e meses, ¿no?

MOZO 2.— Más de un año...

LA SOLE.— (*Asombrada.*) ¡Más de un año!...

MOZO 1.— Habemos tenío suerte.

LA SOLE.— ¿Se os ha tratao bien?

MOZO 1.— Habemos tenío trabajo...

LA SOLE.— Y entoavía vais a salir sabiendo la letra... (*Su rostro se ensombrece. Los muchachos han retirado la sartén y mordisquean la fruta. La SOLE retira la sartén.*) Mare de los Dolores, cómo habéis dejao esto. Mismamente paece una patena... Chachos... (*Va hacia el fogón para llevar la sartén.*)

MOZO 2.— (*Riendo.*) Pos aquéllos se estarán muriendo e gazuza...

(La SOLE mira a través de la ventana. Parece emocionada.)

MOZO 2.— Señá Sole: ¿tie uste ya prepara eso?

LA SOLE.— (*Volviéndose.*) Sus lo preparo en seguida... (*Va a un arcón y empieza a sacar panes que va amontonando en un rincón de la mesa. Parece sonámbula.*) ¿Habéis visto a la vieja?

MOZO 1.— ¿A qué vieja? ¿A la señá Dolores?

LA SOLE.— Sí...

MOZO 1.— Yo no...

MOZO 2.— Yo tampoco...

LA SOLE.— *(Que ya tiene preparados los panes.)* Pos ahora os preparo el aceite. Con un «hoyo» se podéis arreglar hasta la noche. Hoy habemos tenío una mañana mu mala. Esta noche sus preparé unas güenas papas... ¡Ay, me gustaría que juera ya de noche pa que estuviérais ahí mismo dando la lición con el señor Santos...!

(Los chicos se han levantado y están dispuestos ya a marcharse. La SOLE vierte con cuidado el aceite en un cuenco que luego coloca en la mesa junto a los panes.)

LA SOLE.— A ver si hay un canasto grande por ahí... *(Buscando el canasto, pasa ante la puerta de la cuadra y escucha. Se tranquiliza. Viene con un canasto grande que ha sacado del rincón y lo lleva hasta donde están los chicos. Éstos la ayudan a meter los panes. Ella les mira enterrecida. Se detiene de pronto.)* Oye: ¿vosotros fumáis? *(Los MOZOS se ríen. Entonces ella va hasta la alacena y saca un paquete de tabaco.)* Un día es un día, chachos... Nadie se va a enterar...

MOZO 1.— *(Que se ha puesto serio.)* No, seña Sole... *(El otro ya ha cogido el cigarrillo.)*

LA SOLE.— Anda, muchacho... Hazte cuenta que ya te vas al servicio. ¿Me vais a hacer creer que no habéis fumao? ¡Anda ya!... *(El MOZO ha cogido el cigarrillo. La SOLE y los chicos se ríen como si estuvieran haciendo una travesura. Es la misma SOLE la que prende un palito en la lumbré y enciende los cigarrillos. Se ríe.)* Que sus vea yo fumar... A ver si sabéis echar el humo... *(Los chicos fuman torpemente. Risas.)* Mía qué par de chulillos.... Ya seis dos hombres... Sentarse. Ya está preparaoo too... *(Riendo.)* Mare mía; como se entere el señor Mariano, «mos» mata a toos... *(Riendo coreada por los chicos.)* Como se entere de que le habemos bebío el vino y fumao de su tabaca. *(Se echa las manos a la cabeza, melodramática.)* Mare mía, no quieo ni pensarlo... ¡Pos mía que está pa venir...!

(Al oír esto, los chicos dejan de fumar asustados.)

LA SOLE.— *(Riendo.)* No sus asustéis... Ya seis hombres... Y pa eso estoy yo aquí. Pa defenderos... Ea..., fumar que me hacéis mucha gracia... *(Los chicos vuelven a fumar.)* Estáis pa retrataros... Pero sus habéis vuelto pálidos. ¿Tie malas pulgas el señor Mariano, verdad? *(Los chicos hacen un gesto sacudiendo la mano.)* ¿Sus ha zumbao alguna vez?

MOZO 1.— *(Encogiéndose de hombros.)* Casi nunca...

MOZO 2.— Pero cuando pega...

LA SOLE.— Es mu bruto. Pero es un güen hombre...

MOZO 1.— Es mu serio...

LA SOLE.— Le voy a decir que no sus pegue...

MOZO 2.— Los que «mos» van a arrear van a ser los otros como tardemos...

LA SOLE.— Ésos no tien derecho a pegaros...

MOZO 2.— Huy...

LA SOLE.— Me lo decís a mí... *(Con tristeza.)* Güeno, hombre..., marcharse ya. *(El MOZO 1 va a coger el canasto.)* ¿Pesa?

MOZO 1.— Una miaja...

LA SOLE.— Lo lleváis un ratillo ca uno... *(Al MOZO 1.)* Tú estás mas juerte que éste...

MOZO 2.— Pos yo lo gano cuando mos peleamos...

LA SOLE.— ¿Sus peleáis?

MOZO 2.— De mentirijillas...

MOZO 1.— Pero lo gano yo...

(La SOLE se ríe y les da unos cariñosos coscorriones. Los chicos se encaminan hacia la puerta. Todavía chupan el cigarrillo.)

LA SOLE.— Terminar de fumar eso... No salgáis así... *(Cambiando de tono.)* Oye, ¿habéis visto al Lebrija?

MOZO 1.— *(Negando con la cabeza.)* Se vino trempano...

MOZO 2.— *(Con malicia.)* Lo llamó el señorito...

LA SOLE.— *(Riéndose.)* No seas guasón... *(Está ella muy triste y con miedo de quedarse sola.)* Si veis al señor Mariano, le decís que venga ya mismo, que ya está too preparao...

MOZO 2.— Sí, señora... Y muchas gracias... *(La SOLE está ante ellos cerrando la puerta del corral. Los chicos han tirao la colilla del cigarrillo y la*

aplantan con el pie. La SOLE retira las colillas para que no se vean. Les mira a los ojos. Les acaricia.) ¿Me dais un beso? (Los chicos quedan extrañados. Ella se acerca y les besa en la mejilla. Ellos no saben qué hacer.) Ea, marcharse... (Los chicos salen. Ella les ve marchar. Luego se asoma a la ventana y los despide.)

LA SOLE.— No corráis..., que sus vais a caer..., ¡que vais a verter el aceite!... (Riendo.) ¡Qué chiquillos!... (Gritando.) Hasta luego... Aquí sus espero...

(Mueve la mano. Después, lentamente se retira de la ventana. Contempla aquella estancia inundada de tristeza después de la salida de los muchachos. Se nota una soledad agria. El sol entra formando cortinas de polvo. La SOLE se deja caer apesadumbrada en un banco. Se encoge. Está totalmente vencida. Pasa un rato. En la puerta del corral ha aparecido la figura del LEBRIJA. Viene descompuesto. Las greñas sobre la frente. El cuello descubierto. Parece beodo. Contempla a la SOLE, que no le ve, porque está vuelta de espaldas. Sus ojos echan chispas. La SOLE lo presiente de pronto y se vuelve. Da un grito ahogado. Corre hacia la puerta de la cuadra y se coloca delante. El LEBRIJA avanza lentamente hacia ella, que, muda de horror, no puede ni gritar. De pronto se da cuenta de que el LEBRIJA no va hacia la cuadra, sino hacia ella. Se retira lentamente.)

LA SOLE.— ¡Lebrija!... ¡Muchacho!... ¡Muchacho!... ¡Por los clavos de Cristo!... ¡Por la Virgen Santísima!...

(La SOLE da un salto e intenta subir las escaleras para encerrarse en el sobrado. El LEBRIJA ha ido tras ella. La coge con una mano del moño y con la otra levanta la navaja que escondía en la cintura.)

LA SOLE.— ¡Socorrooo!

(El grito se ahoga. El LEBRIJA le clava hasta cuatro veces la navaja en el costado. La SOLE queda de bruces sobre los escalones teñidos de sangre. El LEBRIJA, con toda tranquilidad, limpia la navaja. La dobla. La guarda. Va luego a la cuadra. Abre la puerta y entra. Cae el telón.)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Noche cerrada. La escena, iluminada por los parpadeantes velones. No hay fuego en el hogar. Puertas y ventanas cerradas herméticamente. Ante la puerta que da al corral, un GUARDIA CIVIL; ante la puerta de la cuadra, otro. En los últimos escalones de la escalera que conduce al sobrado, otro GUARDIA, al que se le ven únicamente las piernas. Estos tres GUARDIAS, armados con su fusil. En un rincón, en actitud expectante, otros dos GUARDIAS sin armas y en mangas de camisa. Sentado ante la mesa, el SARGENTO y el APERADOR. Humo espeso de cigarrillos. Un silencio trágico.

EL SARGENTO.— *(Moja una pluma en el tintero, acerca un pliego de papel al APERADOR. Le ofrece una pluma.)* Firme usted aquí...

EL APERADOR.— ¿Aquí?

EL SARGENTO.— Eso es... Ahí...

(El APERADOR firma despacio. La operación de firmar resulta larga y aparatosa. Se nota el trazado torpe de las letras y el complicado juego de la rúbrica.)

EL APERADOR.— *(Una vez ha terminado de firmar, hace resbalar el papel hasta donde está el SARGENTO.)* Ea...

EL SARGENTO.— Mu bien... *(Volviéndose hacia uno de los GUARDIAS que están en el rincón.)* Tú..., vente p'acá... *(El otro se acerca. El SARGENTO le tiende el papel.)* Lee... *(Al APERADOR.)* A ver si está de acuerdo con la

declaración... (*El APERADOR hace un gesto de desenfado como diciendo que «está bien».*) Hay que cumplir toas las formalidades... (*Imperativo, al GUARDIA que sostiene el papel.*) Lee...

EL GUARDIA.— (*Empieza a leer despacio y torpemente.*) En el cortijo de Venegas a 28 de marzo de 1911. Ante mí, el sargento-comandante...

EL SARGENTO.— (*Interrumpiendo.*) Too eso lo pues pasar por alto... Empieza aquí... Trae... (*Le quita el papel. Busca. Señala un lugar.*) Aquí... (*El otro coge el papel y señala también con el dedo el lugar.*)

EL GUARDIA.— (*Leyendo.*) ... quien declara lo siguiente: que sobre las doce del día, cuando volvió de pedir auxilio para la muchacha que había sufrido un ataque de niervos...

EL SARGENTO.— (*Corrigiendo.*) Será un ataque de nervios..., ¿no?

EL GUARDIA.— De nervios..., sí señor...

EL SARGENTO.— Pue que no fuera propiamente un ataque de nervios...

EL APERADOR.— (*Moviendo la cabeza.*) Mismamente lo paecía...

EL SARGENTO.— En too caso... habrá que corregir eso... (*Al GUARDIA.*) Recuérdamelo...

EL GUARDIA.— Sí, señor...

EL SARGENTO.— No sea que vayamos a poner ataque de nervios y fuera otra clase de ataque... De moo y maera que será mejor poner únicamente: ataque... Güeno... Sigue...

EL GUARDIA.— Que había sufrido un ataque de nervios (*Subraya la palabra para evitar meter la pata otra vez.*); al entrar en el zaguán vio un cuerpo tendido boca abajo...

EL GUARDIA.— (*Interrumpiendo. Al APERADOR.*) ¿Boca abajo precisamente?

EL APERADOR.— Sí, señor. Boca abajo estaba la pobrecita...

EL SARGENTO.— Sigue...

EL GUARDIA.— Tendido boca abajo como si se hubiá (*Corrigiendo.*), como si se hubiera caído al subir las escaleras. Que la llamó por su nombre, Sole, y que al ver que no contestaba que se acercó hasta donde estaba y que entonces vio la sangre que cubrían los escalones, la falda y el delantal de la mujer, que entonces se dio cuenta de que estaba muerta, que se quedó tan aterrorizado (*Ha pronunciado la palabra con dificultad.*) que en principio no supo que hacer, que tan confuso se encontraba que no vio que la puerta de la cuadra estaba abierta y que de ella faltaba la muchacha Micaela y el caballo pío del señorito...

EL SARGENTO.— *(Interrumpiendo.)* ¿Cuál es el nombre de ese caballo?

EL APERADOR.— «Saltero», lo llamaba el señorito...

EL SARGENTO.— *(Al GUARDIA.)* Habrá que añadirlo... Sigue...

EL GUARDIA.— ... del señorito, que salió y fue a dar cuenta de lo acontecido al amo, quien decidió dar parte. Que preguntado acerca de los motivos que hubiera podido... *(Corrigiendo.)* podido tener el Lebrija para asesinarla, dijo que ni el Lebrija ni ninguno de los jornaleros que trabajan en la finca podía tener ningun motivo para semejante barbarie, puesto que la Sole era mujer de buena conducta, servicial y atenta con el personal, que la discusión que tuvo con el Lebrija no tomó parte la Sole...

EL SARGENTO.— *(Interrumpiendo.)* A ver... Lee eso otra vez...

EL GUARDIA.— ... no tomó parte la Sole...

EL SARGENTO.— Antes, antes..., donde dice «que la discusión»...

EL GUARDIA.— ¿Que en la discusión?...

EL SARGENTO.— Eso..., en la discusión. Es que no has leído la preposición...

EL GUARDIA.— ... que en la discusión que tuvo con el Lebrija no tomó parte la Sole, ni cree que tampoco fuera ése el móvil del crimen, que si la Dolores dice que vio salir al Lebrija con acaloro, que no cree que eso fuera más que por la discusión, que ya había tenido otras veces. Preguntado cómo la discusión había provocado el ataque de la Micaela, dice que ésta, la Micaela, era propensa a esos ataques y que en aquella ocasión fue un poco más intenso que otras veces, por lo que decidió ir a pedir auxilio. Preguntado sobre la posible existencia de otros sospechosos, dijo que no se le ocurría otro fuera del Lebrija; pero que los móviles del asesinato no le parecían de venganza o represalia...

EL SARGENTO.— *(Interrumpiendo. Al APERADOR.)* ¿Es así?...

EL APERADOR.— Sí, señor... Así es...

(El SARGENTO hace una señal al otro para que siga leyendo.)

EL GUARDIA.— Preguntado si creía que hubiera otros motivos de tipo político, por ejemplo, dijo que era lo más acertado. Preguntado sobre si creía en la intervención de la llamada «Mano Negra», dijo que era posible, en vista de lo sucedido en otros lugares de la comarca. Preguntado si había notado algo anormal en la gañanía, dijo que había notado algo y que de un

tiempo a esta parte la Sole se lamentaba de falta de atención en el rezo del rosario y de que circulaban algunos papeles que leían los mozos a escondidas. Preguntado si alguno de ellos se había manifestado particularmente, dijo que el apodado Tobalo, justamente despedido por el amo de la finca, había dicho que «se las pagaría». Preguntado si los muchachos que fueron a recoger la comida que había preparado la Sole, para los que trabajaban por el campo, pudieran tener algo que ver con el barbaro hecho, dijo que no lo creía, ya que los muchachos habían observado buena conducta y carácter tranquilo. Preguntado, por último, si podía dar alguna noticia del paradero de los fugitivos, dijo que no tenía idea, porque tanto el Lebrija como la Micaela no tenían parientes por estos contornos...

EL SARGENTO.— *(Interrumpiendo.)* Trae... *(El GUARDIA le devuelve el papel. El SARGENTO le pide una seña y se va al rincón con el otro. Al APERADOR.)* ¿Estamos conformes?

EL APERADOR.— Conforme, sí señor...

(El SARGENTO observa el papel como recreándose en su prosa.)

EL SARGENTO.— Aluego le haremos las correcciones oportunas...

EL APERADOR.— Si no manda usted otra cosa...

EL SARGENTO.— No; de momento, no. Váyase a tranquilizar al amo. El pobre se ha llevao un buen disgusto... Y, de paso, procure que las mujeres no se acerquen por acá... Voy a interrogar a los muchachos... Me parece que la cosa está clara.

EL APERADOR.— *(Que se ha levantado.)* A mí too me parece una pesadilla... Pobre mujer.

EL SARGENTO.— Esto es cosa política. La Mano Negra.

EL APERADOR.— *(Asintiendo.)* La Mano Negra.

EL SARGENTO.— Si nos hubiera usted avisao hace dos días... Si cazamos al Cojo hace dos días...

EL APERADOR.— Pero ¿quién se iba a figurar...?

EL SARGENTO.— *(Con tono de reconvención.)* ¿Quién se iba a figurar que en las Palomas iba a pasar lo que pasó, y en la Flecha?... Pero hay que

cazarlas al vuelo, amigo... Ya ve usted si hubíamos tenío al Cojo antié, por ejemplo... Cazamos a toos juntos, al Lebrija, a la querida y a toos... Y la pobre mujer esa estaría con vía... Ea.

EL APERADOR.— *(Fingiéndose justificarse.)* Si no confía uno en el personal...

EL SARGENTO.— En estos tiempos no hay que fiarse de ninguno... Pero, ea, ya pasó too y la cosa no tie arreglo. Siempre lo paga el más inocente y ha tenío que ser esa pobre mujer. Mala suerte, amigo. Entoavía tie usted que dar gracias al Señor, porque si no me engaño, iban por usted...

EL APERADOR.— *(Han ido hablando hasta la puerta de la cuadra.)* Ya ve usted cómo iba yo a figurarme...

EL SARGENTO.— De moo y manera que tenemos que dejar too los cabos bien amarraos. Así que con su permiso voy a tomar declaración a los muchachos. *(Uno de los GUARDIAS ha abierto la puerta de la cuadra para que pase el APERADOR.)* Supongo que hablarán, que no habrá necesiá de... Bueno, *(Tiende la mano al APERADOR.)* póngame a las órdenes de don José María y dígame usted que en cuanti que deje finiquitao este asunto subiré a despedirme de él, y que aquí estoy pa lo que guste mandar... Ea... Y a tranquilizarse, y pa otra vez que no seamos tan confiaos...

EL APERADOR.— Muchas gracias y a mandar...

(Sale. El GUARDIA, una vez ha salido el APERADOR, va a cerrar la puerta de la cuadra. El SARGENTO le detiene con un gesto.)

EL SARGENTO.— Déjala abierta... *(Dicho esto, entra en la cuadra y sale a poco llevando en la mano dos vergajos. Se los tiende a los dos GUARDIAS.)* Coger uno ca uno, por si os hacen falta. *(Riendo.)* Que sus vean bien armaos... *(Los GUARDIAS los cogen sonriendo. Los sacuden en el aire.)* A ver si pue ser que hagamos un buen servicio y que «mos» feliciten. Aver si limpiamos de una vez esta Andalucía de criminales y bandíos... *(Se pasea fumando.)* A ver si terminando pronto... *(Se dirige al GUARDIA que monta la centinela en los escalones del sobrado.)* ¡Manuel..., que baje la gente...!

(El GUARDIA, luego de contestar «a sus órdenes» desaparece. Se oyen sus voces. En seguida van bajando los es-

calones la partida de GAÑANES. Vienen esposados de dos en dos. Reflejan el susto en la cara. Son todos los que vimos en el primer acto, excepto el LEBRIJA. Bajan silenciosos, tropezando a causa de las esposas que los sujetan. Fingen una tranquilidad que no tienen y que contradicen en su rostro amarillo.)

EL SARGENTO.— *(Al GUARDIA que los conduce.)* Que se sienten ahí... Toos en fila, que «mos» veamos bien las caras...

(Los hombres se van sentando en el banco largo tras la mesa. Parece un jurado. Miran medrosamente a los GUARDIAS que los rodean. Especialmente a los dos que cimbrean los vergajes frente a ellos. El SARGENTO se pasea fumando y prolonga la pausa a sabiendas del efecto que esto produce en aquellos hombres. Los dos MUCHACHOS, especialmente, están a punto de llorar. El TOBALO es el que aparece más resignado.)

EL SARGENTO.— *(Una vez se han colocado todos, se planta ante ellos.)* Amos a ver... Lo primero de too: las presentaciones. Quiero que me digais ca uno de ustedes el nombre y apodo. *(Indica al GUARDIA que antes los vigilaba que se siente junto a él. Y le entrega una lista. Al GUARDIA.)* Tú, vas poniendo una cruz en ca nombre... *(Señala un lugar en el papel.)* Aquí... *(Mirando a los detenidos.)* Ea..., empieza tú, muchacho. *(Señala a uno de los muchachos que está en uno de los extremos.)*

MUCHACHO 1.— ¿Mande?

EL SARGENTO.— ¿No te has enterao entoavía? Tu nombre y tu apodo...

MUCHACHO 1.— *(Mirando asustado a los otros.)* ¿Qué?

MUCHACHO 2.— *(Que está a su lado.)* Que le digan cómo te llamas...

MUCHACHO 1.— Andrés Cuesta Jiménez...

EL SARGENTO.— Si empezáis ya, vamos a estar aquí hasta mañana... Mira que será difícil decir el nombre... *(Al GUARDIA.)* ¿Lo has señalao? *(Gesto afirmativo del GUARDIA.)* ¿Y ties apodo? *(El chico no contesta.)* ¿Te llaman por algún mote?

MUCHACHO 1.— No, señor...

EL SARGENTO.— El otro...

MUCHACHO 2.— Manuel Segura Vázquez...

EL SARGENTO.— ¿Apodo?

MUCHACHO 2.— No tengo...

EL SARGENTO.— Bueno... Otro... Vamos, vivo..., que paecéis muertos... Me cagüen...

EL CHISPA.— Pa... Pa... Patri...ci...o Fer... Fer...nán...dez Ló... López...

EL SARGENTO.— *(Se ha reído, así como los GUARDIAS.)* Pero ¿qué te pasa, muchacho? ¿Ties diarrea en la lengua? *(Más risas de los GUARDIAS.)*

EL TOBALO.— *(Interviniendo.)* El chavea es tartaja...

EL SARGENTO.— *(Ha mirado fijamente al TOBALO.)* Bueno, hombre... Gracias por la aclaración... *(Al CHISPA.)* ¿Tu mote?

EL CHISPA.— Chis... Chis...pa... *(Más risas.)*

EL SARGENTO.— ¿Chispa? Menúa chispa ties, gachó... *(Incluso los detenidos se ríen animados por el buen talante que parece tener el SARGENTO. Dando una palmada.)* Venga, otro... Rápido...

PABLO.— *(Con voz ronca.)* Pablo Martínez Sanguera. No tengo apodo...

EL SARGENTO.— Mu bien... Así me gusta... Empezamos con los grandes... Otro...

EL LEÓN.— Policarpo Murciano Lara... Me llaman el León...

EL SARGENTO.— *(Fingiéndose susto.)* Jozú... *(Risas leves.)*

TOBALO.— Cristóbal de la Fuente Hermigio, y de apodo, Tobalo...

EL SARGENTO.— Hombre..., el Tobalo. Pos mira que ya tenía ganas de concerte. Hasta en Córdoba te conocen, gachó... Ties muchos amigos por ahí... Na, tanto gusto, hombre... *(Se ríe. El TOBALO no contesta. Luego de una pausa escalofriante, el SARGENTO señala a otro.)*

ANTÓN.— Antón Casero Expósito...

EL SARGENTO.— ¿Apodo?

ANTÓN.— No, señor...

GAÑÁN 1.— Eustaquio Fernández García... No, señor, no tengo apodo...

GAÑÁN 2.— Doroteo Rodríguez García... El Leche...

GAÑÁN 3.— Curro Olivar de la Cuesta... Sin apodo...

GAÑÁN 4.— Jesús Hernández Molinero... Así me llaman...

(Estos cuatro GAÑANES, ya de edad, son los que en el primer acto atendían al rezo.)

EL SARGENTO.— *(Una vez terminada la revista.)* Ea..., pos ya «mos» conocemos todos. Asíñ será más fácil hablar como güenos amigos... *(El SARGENTO está adoptando cierta postura propia de maestro de escuela. El caso es que los hombres parecen estar más confiados.)* A ver si atendéis un momento... *(Al CHISPA.)* Tú, Chispa..., ¿ties tamién hormiguiello? ¿Qué te pasa?

EL CHISPA.— Na...

EL SARGENTO.— Pos a ver si no haces tantos visajes... Ea... Escuchadme... *(Se pasea mientras habla, pavoneándose.)* Ya sabéis toos..., amos cren que ya sus habéis enterao de lo que ha sucedío en esta casa. Se ha cometío un crimen y tenéis que ayudar a la justicia pa que too quede bien aclarao y que nadie puea escapar al castigo que merece. Asíñ que me vais a hacer el favor de decirme toa la verdad de lo que aquí ha pasao estos últimos días. Ya sabemos que ca cual tie sus amigos y compadres y que a nadie le gusta chivatear; pero el caso es que hay que aclarar lo que ha sucedío. Como comprenderéis ustedes, yo de güena gana estaría ahora sentao al fresco y sin preocuparme na de too esto. Pero el deber es el deber y, asíñ como yo tengo el deber de interrogaros, ustedes tenéis la obligación de decirme too lo que sepáis. Quiero que me expliquéis too lo que ha pasao aquí, de hombre a hombre. Haced cuenta que yo no llevo galones, ni uniforme, que soy uno más de vosotros. Con toa confianza me decís: «pos mire usté; aquí ha pasao esto y lo otro o lo de más allá». ¿Estamos? Y echamos un plumazo y caiga el que caiga. Y aluego ca cual a lo suyo y a tomarse una copa si a mano viene. Yo soy el primero en desear que no sus pase naa y que podáis reunirse con vuestra parienta y vuestros chavales y aluego que sus podáis encontrar algún acomodo por ahí y aquí no ha pasao na. ¿Estamos? ¿Mos habemo enterao? Ea, pos aquí me tenéis. Ya podéis hablar el que queráis...

(Pausa. Silencio. Se miran unos a otros.)

EL SARGENTO.— *(Luego de dejar una pausa.)* ¿No decís na? Me paece que hablo en castellano. Ya veis que mejores intenciones no pueo llevar. ¿O sea que sus acostáis a las ocho?

(Se miran unos a los otros y todos parecen esperar que hable otro.)

EL SARGENTO.— Pos si no sabéis na, tendremos que ir sacándoos las preguntas una a una. Yo lo que quería es terminar pronto. Pero, en vista de que no queréis ayudarme..., allá vosotros... (*Cruzado de brazos.*) Ea..., pos ahí va la primera pregunta. Que la conteste el que la sepa... ¿Aónde están el Lebrija y la Micaela?

(*Pausa. Silencio de todos.*)

VOCES ASUSTADAS, INDECISAS.— No lo sabemos... No sé... (*Se miran unos a otros.*)

EL SARGENTO.— No lo sabéis... Mu bien... A ver si aluego lo vais a saber... (*Pausa.*) De eso no sabéis na... Bueno... Segunda pregunta... Fijarse bien... ¿Por qué motivo el Lebrija ha matao a la Sole?... (*Pausa. Tensión.*) ¿Tampoco lo sabéis?

TOBALO.— (*Decidido a hablar.*) Lo sabrá el Lebrija... Nosotros...

EL SARGENTO.— Lo sabe el Lebrija y lo sabéis vosotros...

TOBALO.— Nosotros no sabemos na...

VOCES.— No sabemos na... No sabemos na... (*Uno de los muchachos gimotea.*)

EL SARGENTO.— Silencio... ¿Así que no poéis saber qué motivo pue tener un hombre al que estáis viendo toos los días pa matar a una mujer, a una pobre mujer que no sus hacía más que bien?

TOBALO.— Alguna razón tendría...

EL SARGENTO.— Tú lo has dicho, Tobalo... Alguna razón tendría. Eso, eso es lo que quiero precisamente que me digáis. La razón... ¿Eh, Tobalo?

TOBALO.— (*Que se va animando.*) Razones de hombre... probablemente...

EL SARGENTO.— Eso: razones de hombre. Que el Lebrija era un hombre. Y aquí me paece que hay pocos hombres. ¿Por qué mató el Lebrija?

TOBALO.— La Sole era una mala mujer...

EL CHISPA.— (*Se ha levantado como iluminado.*) El Le... Le...brija... e... era... no... no...vio... de la Mi... Micaela... Y ... (*EL SARGENTO se ríe. EL CHISPA se calla asustado.*)

EL SARGENTO.— Venga..., sigue..., sigue... No hagas caso, que se rían... O ayudarle uno de vosotros. El Lebrija es el novio de la Micaela..., ¿y qué?...

EL CHISPA.— (*Animándose.*) Pe... pe... pero el señorito... (*Esta frase la he dicho de golpe. Silencio.*)

EL SARGENTO.— ¿Qué pasaba con el señorito?... Amos habla... Habla...

(Los otros miran al CHISPA asustados.)

EL CHISPA.— No sé... Amos..., el se... seño...rito... no... no...

(El SARGENTO se pone nervioso.)

EL SARGENTO.— *(Con un gran vozarrón.)* ¿No qué?

EL CHISPA.— No que... quería... que...

EL SARGENTO.— *(Cortándole se echa a reír.)* El señorito no quería que se casara con la Micaela... *(Se detiene de golpe y se vuelve a reír.)* Pero que atontao eres... Mía tú qué tendrá que ver toa esa historia con... ¿Será cateto el tío? Lo que me viene a contar. Te doy un revés que... *(Se pone muy serio.)* Y cuidaíto con lo que dice esa lengua, cuidaíto con lo que se habla, a ver si te corto la lengua. Al señorito hay que dejarle tranquilo. ¿Estamos?

(El MUCHACHO, asustado, dice que «sí» con la cabeza. Silencio.)

EL SARGENTO.— Ea..., ¿no sabéis tampoco na? Ni que se hubiáis caído toos de un nido. Pos ahí va la tercera pregunta: ¿habéis oído hablar de la Mano Negra? *(Pausa.)* ¿Tampoco? ¿Ni del anarquismo? ¿Ni del sindicato? Na... No sabéis na. Que no habéis roto un plato nunca, ea. Que seis mu güenos chavales toos. ¿Y del Cojo? ¿Tampoco sabéis na? ¿Que sus enseñaba a leer? ¿Que sus leía cosas? ¿Qué cosas sus leía?

TOBALO.— De los toros...

EL SARGENTO.— De los toros... Na más... *(Enfadado.)* No sabéis na de na.

Toos los tíos aquí viviendo juntos y nadie sabe na... Mía tu que...

TOBALO.— Nosotros estamos aquí pa currelar...

EL SARGENTO.— Y pa amenazar al aperador también... ¿Te crees que no sabemos que se la tenías jurá al señor Marino...?

TOBALO.— *(Que ha palidecido.)* Un acaloro lo tie cualquiera...

EL SARGENTO.— Un acaloro lo tie cualquiera. Pos vais a ver como me acaloro yo, que ya comienzo a acalorarme, cómo sus va desatar la lengua y vais decir too lo que sabéis y lo que no habléis por las güenas, que menos

que os gusta a vosotros me gusta a mi esto, que yo tengo mucha paciencia, pero que no soy un santo. Mirar que es por vuestro bien... *(Pausa.)* Me vais a tener que obligar a decíroslo de otra manera. Que voy a tener que arrimar una «capujana» a más de uno. Pensarlo bien: que no vale de na el esconderse, que con nosotros no vale el cachondeo, y el culpable o los culpables tien que salir. Que el Lebrija no estaba solo, que aquí hay mucha mar de fondo. *(Muy enérgico.)* Y que las cosas tien que quedar claras, ea... *(El SARGENTO se vuelve a mirar a los GUARDIAS, que sacuden en el aire el vergajo.)* Aquí tenéis este par de amigos pa que sus digan un par de palabritas. *(Coge a uno de ellos el vergajo y lo muestra a los hombres.)* ¿Tampoco sabéis lo que es esto? *(Al CHISPA.)* ¿Qué es esto, chispa?

EL CHISPA.— *(Muy pálido.)* U... u...na... pi... pi...cha... e to... toro... *(Risas de los GUARDIAS.)*

EL SARGENTO.— *(Devolviendo al otro el vergajo.)* Vaya, por lo menos sabéis algo... Ea..., voy a contar hasta veinte, y si no habláis antes, empezaremos la fiesta...

(Se pasea el SARGENTO bisbiseando como un rezo. Los detenidos están inquietos. Flota un ambiente espeso. Nadie se atreve a hablar. El SARGENTO se detiene de pronto.)

Ea, ya está... Tenéis tan mala sangre que por culpa de unos cuantos amos a tener que castigar a algún inocente. Era pa colgaros a toos. Amos a ver con quién empezamos. *(Va mirando a la cara de cada uno. Se recrea en el juego. Mira al TOBALO, al CHISPA. Al fin se decide.)* Amos a empezar con los más chavaliyos... *(Señala a los dos MUCHACHOS, que empiezan a gimotear.)* *(A los GUARDIAS.)* Ea..., a la cuadra con ellos... *(Los dos GUARDIAS del vergajo van a por ellos, los levantan del asiento y se los llevan hacia la cuadra.)*

LOS MUCHACHOS.— No... No... No sabemos na, señor... No sabemos na... No sabemos na... Ay, mare mía...

(El SARGENTO contempla cómo los meten en la cuadra. Va hasta la puerta para dar las últimas órdenes.)

EL SARGENTO.— Amarrarlos bien... Así... Quitarles la ropa... Sí..., desnitos como vinieron al mundo... *(Deja la puerta de la cuadra y se vuelve a los hombres, que están abrumados.)* Si tendréis mala sangre pa dejar que maltraten a dos criaturitas a sangre fría... *(Escupe.)* Colgaos teníais que estar toos, me cagüen en toos los muertos... *(A los hombres se les saltan las lágrimas. Se oye el ruido de las esposas, que rozan unas con otras. De la cuadra llega el gimoteo cada vez más débil de los dos MUCHACHOS. El SARGENTO, luego de esperar indeciso, va con paso firme a la puerta de la cuadra, que permanece abierta, y grita.)* Ea..., duro con ellos... Romperles los huesos pa que estos criminales se relaman de gusto... *(Se detiene y mira a los hombres. Éstos se retuercen y bajan la vista... Se oye el chasquido seco de los vergajos al caer sobre la carne y el grito ahogado y terrible de los MUCHACHOS. El SARGENTO les mira a ellos. Escupe y mueve la cabeza.)* Seréis capaces de dejar que los manten...

(Los hombres están desesperados. Alguno llora. Al TOBALO se le enciende el rostro.)

(Pausa tensa. El sonar de los vergajos y los gemidos.)

EL SARGENTO.— Pero ¿no vais a hablar? *(Va presuroso a la puerta de la cuadra y grita lo siguiente:)* Soltar eso... Coger esas caenas que hay colgás. Con la caena... *(Se vuelve a mirar a los hombres. Deja de oírse el ruido de los vergajos. Se oye el tintineo de unas cadenas. El TOBALO se pone en pie descompuesto arrastrando al LEÓN consigo.)*

TOBALO.— Basta..., basta... *(El SARGENTO hace una seña a los de la cuadra y va hacia el TOBALO expectante.)*

EL SARGENTO.— Habla...

TOBALO.— *(Lleno de rabia.)* Pégueme usté a mí... Pégueme usté a mí... Suelte a los chavales, que no tien culpa de na...

EL SARGENTO.— Luego, confieras canalla...

TOBALO.— Digo que me pegue usté a mí...

EL LEÓN.— Y a mí...

PABLO.— Y a mí...

EL SARGENTO.— *(Fuera de sí.)* Pero ¿sus declaráis culpables? *(Silencio. El SARGENTO va otra vez hacia la puerta de la cuadra.)* Arriba las cadenas... Zumbando fuerte...

TOBALO.— *(Con voz enronquecida y gimoteante de hombría.)* Yo soy culpable...

(Nuevo gesto del SARGENTO para detener a los verdugos.)

EL SARGENTO.— *(Se detiene ante el TOBALO. Con mano nerviosa enciende un cigarrillo.)* Me dan ganas de escupirte a la cara, mamarracho... Has sío capaz de dejar que maltraten a los chavalillos. ¿Y tú eres el Tobalo? *(Se vuelve de espaldas desdeñosamente y grita hacia la cuadra.)* Soltarlos... Traerlos pa acá... *(Al TOBALO.)* Habla... *(A uno de los guardias.)* Tú, toma nota...

TOBALO.— *(Con la vista baja, encendido en cólera.)* ¿Qué quie usté que diga?

EL SARGENTO.— Que eras de la Mano Negra...

TOBALO.— *(Asintiendo.)* Sí...

EL SARGENTO.— Que habíais planeao el asesinato del señor Mariano y que no sus salió bien y cayó la mujer esa...

TOBALO.— Eso...

EL SARGENTO.— Que ibais a quemar el cortijo... Que estabais en combinación con la partía de Córdoba y de Bujalance... ¿Confiesas?

TOBALO.— Sí... Sí...

(Traen en este momento a los dos MUCHACHOS. Desnudos de cintura para arriba, con los verdugones en la carne, medio desmayados. Los sostienen los dos GUARDIAS. El SARGENTO los señala.)

EL SARGENTO.— Otro crimen más... Pobres chavalillos... *(Los otros hombres están aterrorizados.)* *(A los GUARDIAS.)* Quitarles las esposas... *(Los GUARDIAS quitan las esposas a los MUCHACHOS. Los sientan en banquetas. Al TOBALO.)* ¿Tú solo? *(Pausa.)* ¿Tú solo?

TOBALO.— *(Con rabia.)* Sí, solo... *(Mira a los otros desafiante.)*

EL SARGENTO.— *(Echándole el humo del cigarrillo a la cara.)* Pero qué desgraciao eres, Tobalo... Qué desgraciao... ¿Es que no te habías enterao

que el Cojo cantó ayer?... *(Pausa escalofriante. Se oye el débil gemido de los chicos, que están derrengados sobre el taburete.)* Too lo había dicho el Cojo... Y tú has dejao que castiguen a los chavales... *(Se vuelve a los chicos.)* Éste, éste ha tenío la culpa de que sus pegaran... Mirarle... Ahí lo tenéis... Mañana sus llamaré al cuartel pa que le devolváis los vergajazos que sus habemos dao... *(Por toda respuesta los chicos aumentan sus gemidos. Con voz autoritaria, a los GUARDIAS.)* Soltarme a todos... menos al Tobalo, al León, al Pablo y al Chispa... *(Ante el asombro de los tres últimos, aclara.)* Porque vosotros tres me paece que no seis trigo limpio... Eso lo veremos mañana... *(Los GUARDIAS van desatando a los liberados.)* Y os advierto una cosa a vosotros: *(Se dirige a los liberados.)* que desde este punto y hora ustedes estáis a disposición de la autoridad, de moo y manera que no sus poéis ausentar de la comarca hasta que se os ordene. ¿Estamos? *(Los hombres asienten con la cabeza.)*

EL CHISPA.— *(Con voz gimoteante.)* Un ser... ser...vi... vi...dor... no... no...

EL SARGENTO.— Ya te explicarás en el cuartel, hombre... Vas a ver cómo allí aprendes a hablar derecho... *(Le da un coscorrón. Los GUARDIAS rodean a los cuatro presos y se disponen a sacarlos.)* Ea..., tirar palante... *(El TOBALO cierra los ojos y aprieta los puños. El SARGENTO se vuelve a los liberados.)* Ya estáis enteraos... Poéis ir a ver a vuestros parientes, pero de la comarca no se mueve ni Dios... El que avisa no es traidor... Tira... *(Salen los GUARDIAS, y los presos con la cabeza baja, tambaleantes. El SARGENTO recoge el papel de la declaración y se lo guarda. Se dirige a los conductores.)* Ir delante vosotros, que yo voy a despachar con el amo... *(Sale la tropa de presos. Los liberados bajan la cabeza abrumados. Están quietos en el lugar donde los dejaron. Al salir, el SARGENTO acaricia a los MUCHACHOS.)* Ya seis dos hombres los dos... Sus habéis portao como dos hombres...

(Sale. Quedan solos los dos MUCHACHOS, el ANTÓN y los cuatro GAÑANES. La puerta del corral ha quedao abierta. La de la cuadra también. Poco a poco los hombres van recobrando sus movimientos. Se acercan indecisos a la puerta del corral para que les dé el fresco de fuera en la cara. De pronto advierten a los dos MUCHACHOS. Se

acercan todos y contemplan las espaldas de los MUCHACHOS.)

ANTÓN.— ¿Sus duele mucho? *(Los MUCHACHOS asienten con la cabeza.)*

GAÑÁN 1.— Amos a curarles...

ANTÓN.— ¿Con qué?

GAÑÁN 2.— Con una miaja aceite...

GAÑÁN 3.— *(Yendo a la alacena.)* La mujer esa lo guardaba aquí... *(Saca de debajo de la alacena un cántaro de aceite.)*

GAÑÁN 4.— *(Lleno de indecisión.)* ¿Qué hacemos ahora?

GAÑÁN 1.— *(Que mira por la ventana.)* Dos guardias han ío aonde las mujeres...

(Pero los hombres no quieren pensar en nada. El ANTÓN y el GAÑÁN 2 han sacado un pañuelo. Lo mojan de aceite y van pasándolo por las heridas de los MUCHACHOS, que tiemblan y gimen.)

ANTÓN.— *(Mientras cura a los MUCHACHOS, poseído de rabia.)* Maldita sea... Qué desgracias semos... ¿Por qué no nos matarán a toos de una vez?... *(El otro GAÑÁN mira temeroso a todos los lados.)*

GAÑÁN 2.— Entoavía eres joven, muchacho... Entoavía no sabes lo que es la vía... *(Pasando el paño por la espalda de los MUCHACHOS.)* Ya aprenderás... Esto no tie na de particular...

ANTÓN.— Me cagüen en toos sus muertos...

GAÑÁN 2.— Calla, muchacho, calla... ¿Te quies ver como el Tobalo?...

ANTÓN.— *(Dejando de curar y mirándole.)* El Tobalo es inocente. El Tobalo es como nosotros. *(Pausa.)* El Tobalo es un hombre.... *(Dicho esto, refriega duramente la espalda del muchacho, que guiña los ojos.)*

GAÑÁN 2.— *(Mirando a todas partes.)* Habla más bajo... Las cosas ya no tien remedio.

(Los otros gañanes han sacado pan de la alacena y acuden al otro grupo.)

GAÑÁN 1.— *(Ha abierto un «hoyo» en el pan y lo tiene el ANTÓN.)* Oye, chacho... Echa una «chorrá» de aceite aquí.

GAÑÁN 3.— Y aquí.

GAÑÁN 4.— ¿Vosotros no tenéis gazuza?

(El ANTÓN les mira. Luego coge el cantarillo de aceite y les echa un chorrito en el pan.)

ANTÓN.— Comed..., comed...

GAÑÁN 1.— Menúo día hoy... *(Él y los otros comen el pan con aceite.)*

GAÑÁN 2.— *(Sin dejar de refregar el paño en las espaldas de los chicos.)* Los muchachos tamién querrán jalar... *(Se dirige a los MUCHACHOS.)* ¿Vais a comer un hoyo? *(Los MUCHACHOS hacen un gesto indiferente.)* *(Dirigiéndose a los otros.)* Sus voy a prepararlo... *(Deja de curar. ANTÓN también. El torso de los MUCHACHOS parece bronceado y brillante. El GAÑÁN 2 prepara los «hoyos» de aceite.)*

ANTÓN.— *(Contemplando las espaldas de los MUCHACHOS.)* Si sus llegan a pegar con la caena..., ¿sus duele menos?

(Gesto afirmativo de los MUCHACHOS.)

GAÑÁN 2.— *(Lleva el trozo de pan a los MUCHACHOS.)* Tomad... Amos, comed, aunque sea sin ganas... *(Los MUCHACHOS cogen negligentemente el pan y se lo llevan a la boca. El GAÑÁN 2 ofrece otro trozo al ANTÓN.)*

ANTÓN.— No..., yo no quiero... No tengo hambre... *(Sin embargo, luego, contemplando la escena en la que todos comulgan con el pan y el aceite que sirvió para curar las heridas de los MUCHACHOS, se vuelve.)* Trae... Tenemos que comer...

GAÑÁN 2.— Claro... Tenemos que vivir...

(Pausa. Están todos sentados en corro comiendo el pan con aceite.)

GAÑÁN 1.— Mos habemos escapao de güena...

GAÑÁN 2.— Y tamién mos habemos quedao sin jornal...

GAÑÁN 1.— ¿Es que mos van a echar?

GAÑÁN 2.— Aquí no tenemos na que hacer ya...

(El ANTÓN pensativo masca el pan.)

GAÑÁN 3.— Pos pa luego es tarde. Yo me voy de naja ahorita mismo. Cuando menos, dormiré esta noche con la parienta...

GAÑÁN 1.— Mos debíamos haber marchao ya. Van a creer que estamos haciendo algo malo...

GAÑÁN 2.— En cuanto mos comamos esto, mos largamos. Poemos llevarnos un poco e pan al menos...

GAÑÁN 3.— Sí... *(Va a la alacena y abre para sacar más pan.)*

GAÑÁN 2.— *(A los MUCHACHOS.)* ¿Vosotros poéis andar?

(Antes de que contesten los MUCHACHOS ha aparecido en la puerta el APERADOR. El GAÑÁN 3, sorprendido al sacar el pan de la alacena, queda suspenso. Los hombres se levantan, menos el ANTÓN.)

EL APERADOR.— *(Sin reparar en el GAÑÁN 3, que vuelve al grupo, aparece con buen talante.)* ¿Qué pasa, muchachos?

GAÑÁN 2.— Pos aquí mos tiene, señor Mariano, que como los señores guardiamos han soltao y como no habíamos comío na dende esta mañana, pos habemos dicho echaremos algo al estómago con el permiso del señor Mariano...

EL APERADOR.— Güeno, hombre..., seguid..., seguid... Poéis comer lo que queráis... Habéis pasao un mal rato..., ¿verdad? *(Al ver la espalda de los MUCHACHOS.)* ¿Sus han pegao?... Ya me lo ha dicho el sargento, que sus habéis portao como dos tíos... Otra vez no sus confiaréis en naide. Vosotros, a currelar y a callar... Sus servirá de escarmiento...

GAÑÁN 2.— Ya ha pasao too...

MUCHACHO 1.— Ya no duele...

GAÑÁN 2.— Los habemos curao con una miaja aceite...

GAÑÁN 1.— Han pasao una miaja e miedo...

GAÑÁN 3.— Un servidor que no ha hecho na... no ha pasao miedo...

GAÑÁN 2.— Pos ahora con su permiso, señor Mariano, mos vamos...

EL APERADOR.— ¿Que sus vais?

GAÑÁN 2.— *(Un poco perplejo.)* Claro...

GAÑÁN 1.— Como dicen que estamos despedíos...

EL APERADOR.— ¿Despedíos? ¿Vosotros? No..., na de eso... Vosotros poéis seguir aquí... Con vosotros no hay naa... La Dolores sus hará la comía. Mientras no falte el trabajo, vosotros poéis estar aquí... ¿Es que no queréis?

(A todos, incluso a los MUCHACHOS, se les ha iluminado el semblante, excepto al ANTÓN, que sigue ceñudo.)

GAÑÁN 1.— U séase, que no estamos despedíos.

EL APERADOR.— No... Esta noche sus poéis marchar a casa. Mañana sus quiero ver a toos aquí, pal entierro de la Sole. Y si queréis quedarse esta noche, tamién...

ANTÓN.— *(Al oír esto se ha levantado.)* Yo me voy... ahora mismo. Y no vuelvo más...

(El APERADOR se vuelve a él. Todos le miran extrañados.)

EL APERADOR.— ¿Qué te pasa, muchacho? ¿Por qué no quieres quedarte?

ANTÓN.— *(Mirando fieramente al APERADOR y a los otros con conmiseración.)* Paece mentira que me lo pregunte...

EL APERADOR.— *(Un tanto enojado y evitando traslucirlo.)* Allá tú, muchacho... Haz lo que te dé la gana. Vete, si quieres. Falta no hace nadie... Si quieres te quedas, y si no, te largas. Di que no te gusta currelar y eso es otra cosa.

ANTÓN.— *(Plantándose delante de los MUCHACHOS.)* ¿Y vosotros tamién se quedáis?

(Los MUCHACHOS no contestan. El APERADOR da un empujón a ANTÓN.)

EL APERADOR.— Lárgate ya de una vez, si quies largarte, y no te metas en las cosas de nadie... Paece mentira que entoavía no haya sío escarmentao. Vete.

(El ANTÓN sale rápidamente.)

EL APERADOR.— *(En el momento en que el ANTÓN va a salir.)* Y si no encuentras trabajo por ahí..., no tengas miedo de volver...

ANTÓN.— *(Volviéndose muy rabioso.)* Me iré con la partía del Lebrija... *(Sale. Los hombres han quedado aterrorizados. El APERADOR se ríe.)*

EL APERADOR.— Me río sin ganas. No pueo echar de mi cabeza a la pobre Sole... *(Pausa.)* Me paece que sus habían calentao demasio los cascos... Ea... Lo dicho: vosotros poéis hacer lo que queráis. Si queréis marcharse esta noche, poéis hacerlo. Mañana, aquí...

GAÑÁN 1.— Un servidor se quea...

GAÑÁN 2.— Y un servidor...

GAÑÁN 3.— Y un servidor...

MUCHACHO 1.— ¿Aónde amos a ir nosotros?

EL APERADOR.— Aquí no sus faltará trabajo por ahora. Ahora menos que nunca. Lo que tenéis que hacer es ir ca cual a lo vuestro y no meterse en líos... como ese cateto del Antón... Será chalo el tío...

(En este momento aparece la VIEJA Dolores. Trae un rosario en la mano colgando. Se acerca al grupo.)

LA VIEJA.— Güena noches mos de Dios... Bendito sea el Señor que ya mos ha librao de too mal... *(Al señor Mariano.)* Ya salieron toos. Las mujeres están tranquilas...

EL APERADOR.— Sí, ya too está tranquilo. *(Mira a los hombres.)* Sólo falta que cacen al Lebrija y a la moza... No tardará en caer... *(Con voz quejumbrosa.)* Pobre Sole...

LA VIEJA.— *(Llorando.)* Era mu güena...

EL APERADOR.— Dios la tenga en la gloria...

LA VIEJA.— Señor Mariano, ¿le paece que recemos el rosario por su alma?

EL APERADOR.— Sí, sí..., amos a rezar...

(Los hombres apesadumbrados se ponen en pie. Al arrodillarse el APERADOR, se arrodillan todos. Vuelven las cosas a estar casi como al principio. Los dos MUCHACHOS, con las espaldas desnudas. La VIEJA empieza a bisbisear el rosario.)

LA VIEJA.— Señor, acoge en tu reino a tu sierva Sole y lírbanos de too mal...
Padre Nuestro que estás en los cielos, santificao sea tu nombre, venga a
nos el tu reino, hágase tu voluntá así en la tierra como en el cielo...
TODOS.— El pan nuestro de casa día dánoslo hoy...

*(Esta frase queda como gravitando en la oquedad som-
bría del cortijo de Venegas.)*

(Telón.)